

# Culpables

Dieciséis cuentos VV.AA.

Alejandra GONZÁLEZ • Ana María MENA  
Carlos A. DE JONGH • Ma. Alecía IZTURRIAGA  
Ma. Gabriela BRAZÓN • Ma. Teresa VERA  
Max JECKLIN • Paola RESTREPO





**CULPABLES**  
Dieciséis cuentos

8 *CULPABLES* (Dieciséis cuentos)

© VV.AA. (ver índice), 2024

COLECCIÓN FABULARIA

COORDINACIÓN Y SELECCIÓN EDITORIAL:

Fedosy Santaella

ILUSTRACIONES DE INTERIOR:

Fedosy Santaella

MAQUETACIÓN Y DISEÑO:

María Gabriela Lovera Montero

EDICIONES PETALURGIA

[petalurgia@gmail.com](mailto:petalurgia@gmail.com)

[www.petalurgia.com](http://www.petalurgia.com)

@petalurgia

HECHO POR SERES HUMANOS / HUMAN MADE

MADRID, 2024



**CULPABLES**  
Dieciséis cuentos

VV.AA.

ILUSTRACIONES  
Fedosy Santaella



## NO SE CULPE A NADIE (O SÍ)



¿De qué es culpable esta gente? Pues esta gente es culpable de literatura. Vamos, no es mía la frase. La recuerdo de Cortázar en «Las babas del diablo», ese cuento en el que un fotógrafo sale a caminar por ahí buscando imágenes, buscando imaginaciones de esas imágenes. Porque mirar es también construir, ¿no es cierto? Quien mira construye historias que ya lleva en su cabeza. Lo que mira, por supuesto, se acomoda a sus filias, fobias, preconcepciones, a sus límites, a su moral, a sus gustos. Leemos en «Las babas del diablo» sobre este fotógrafo: «Michael es culpable de literatura, de fabricaciones irreales. Nada le gusta más que imaginar excepciones, individuos fuera de la especie, monstruos no siempre repugnantes».

Algo de eso hay en estos cuentos. Ellos sí, ya se ha dicho, son culpables de imaginar historias. Llevan tiempo reuniéndose conmigo una vez a la semana, por las noches, leyéndome sus historias y yo dándole «piñatazos» a esas historias con el fin de mejorar lo escrito. De estos fraternos, amenos y muy serios encuentros (en el sentido de que nos reunimos con afecto, con risas pero también para tratar de hacer bien las cosas), han surgido cuentos que son dignos de leer. Cada cual en su estilo, por supuesto. En mis talleres no estamos para hacer copias del guía. Aunque, dentro de las divergencias o diferencias, hay en ellos una visión más o menos unánime de la literatura. ¿Cuál? Pues estos cuentos, de entrada,

pretenden contar una buena historia en la que pasen cosas, pero también se busca el trabajo del lenguaje, la palabra precisa, la imagen justa.

Acá encontrarás figuras singulares metidas en dramas no menos llamativos. Encontrarás obsesiones fuertes y también delicadas, profundas pero de abismo. Encontrarás alegrías de niños y obsesiones de adulto, personajes del bosque y de la ciudad, trashumantes, poéticos, oníricos, atrapados en sus vidas. Hay humor, porque en estos tiempos hay que seguir escribiendo con humor, a pesar de que no se le comprenda, a pesar de que se le despotrique con furia de cristal. Y también hay miedo, porque mucho de la vida es miedo, y la literatura, que es uno de los espejos más humanos que hay, en buena parte refleja nuestros miedos.

Todos estos narradores, sí, son culpables. Culpables de imaginación, de escritura. De hacer un espacio de sus vidas para la escritura y la lectura, un lugar en el mundo que es distinto al horror que vivimos.

Te invito a entrar en estos cuentos. Cada autor nos presenta dos, en total, dieciséis cuentos de calidad que te harán pasear por toda una gama de emociones. Te conmoverás, te reirás, te llenarás de expectativa, te horrorizarás, reflexionarás, pensarás, pasarás al otro lado del muro, allá donde los símbolos nos dicen más que las cosas del día a día.

Ellos son ocho, ocho culpables, de literatura.

FEDOSY SANTAELLA  
Ciudad de México, 2024



ALEJANDRA GONZÁLEZ



Feb 04 2024

## HASHTAG SINPELOTAS



Todo lo que voy a contar puede parecer una broma, hasta una mentira, pero no lo es. Así que traten de leer con la mayor seriedad posible, si es que se puede...

Lo primero que haré es presentarme: mi nombre es Enrique, pero en otros tiempos era conocido como Kike. Cuando todo ocurrió tenía dieciséis años, y era muy popular, pero sólo entre los despiadados bullies. Mi mejor amigo se llamaba Andy, un año menor que yo, el preferido de los acosadores, fan de súper héroes y... de mí. Un día, cansados de ser el objeto de todo tipo de bromas de mal gusto, decidimos crear un plan que nos sacara de ese inframundo de nerds; aunque, para ser honesto con ustedes, mis respetados lectores, el que en realidad planeó todo fui yo, y Andy, ¡bueno...!, él sólo me seguía como un fiel perrito.

La idea que se me ocurrió fue la de asaltar una pequeña tienda de productos asiáticos, no muy concurrida por la gente común del pueblo. Era un local para los ricos o para esas madres, como la mía, que comen salmón con sal del Himalaya o cualquier otra de esas exquisiteces, porque, según creen, resulta más sano y no corren riesgo de dañar su tan trabajada figura. El propósito era transmitir el asalto en vivo desde nuestras redes sociales para obtener muchos likes y los tan deseados millones de seguidores: algo sencillo, pero con la suficiente fuerza para llamar la atención.

Durante dos semanas nos dedicamos a ver películas de robos y asaltos tratando de seguir al pie de la le-

tra los detalles más importantes: planificación, ejecución y repercusión. Nuestro primer paso fue vigilar la tienda el mayor tiempo posible. Hacíamos turnos para entrar y hacernos pasar por esos clientes fastidiosos que siempre preguntan precios y nunca compran nada. También nos plantábamos en las calles aledañas para observar todos los movimientos y conocer los horarios de los empleados. Cuando le tocaba el turno al regordete Andy de hacerse pasar por un cliente, era todo un drama, se ponía muy nervioso. Era un chico muy inseguro con la cara llena de granos, tonto como el que más y un reconocido pajero — porque desde que se la descubrió no paraba de jalársela. En una oportunidad leyó por internet sobre una parafilia: la asfixia erótica. Por poco muere el muy cabrón. Ya estaba casi morado cuando su mamá entró a la habitación y lo encontró con un cinturón alrededor del cuello atado a la barra del armario, una mano en la polla y la otra tratando de zafarse de su trampa de placer y esperma por todos lados. Ella había hecho un curso de RCP en su gimnasio (lugar del que no salía), y logró reanimarlo justo a tiempo. Luego se dedicó a justificarlo y a culpar a sus amigos, o sea, a mí, no tenía ningún otro. Limpia la reputación de su pequeño maníaco sexual y manchada la mía, en su casa decidieron continuar con su propia asfixia moral y olvidar por completo aquella historia.

Una vez terminadas nuestras labores de espionaje, llegó el día que tanto habíamos soñado. Recuerdo que esa tarde hacía un calor infernal, lo cual era ideal porque en días tan calientes la gente evita salir de su casa a no ser que sea necesario. Íbamos equipados con todo lo que creímos indispensable: pasamontañas, suéteres negros de capucha y una Beretta 92 que siempre estaba en la mesita de noche de mi mamá y que pertenecía a uno de los amantes o a un novio de ella, en realidad no lo tengo claro. Cuando llegamos a la tienda, comenzamos a transmitir justo antes

de entrar. Aún con los rostros descubiertos, nos dirigimos a nuestra, hasta ahora, poca audiencia:

—¡Hola! Estamos transmitiendo desde la tienda Thai-Gôtra. Hoy nos vamos a hacer muy populares. Serán testigos del primer robo en vivo a uno de los locales más costosos de todo el pueblo. Pero aclaro —dije con voz ostentosa y penetrante—, el dinero no nos importa, es sólo por diversión. Yo soy Kike y él Andy. Y, ¡por favor!, utilicen para este en vivo el hashtag: nonosimportaeldinero-nosobranpelotas.

—¡Síiii! —gritó Andy con fuerza—, hashtag nonosimporta... ¡Eehh!... hashtag sinpelotas... ¿Cómo es que es? Bro, ¿ese hashtag no es como largo? Re-repítemelo de nuevo...

¡Vaya que era ridícula nuestra consigna! Empezamos a ganar visualización y comentarios casi de inmediato, nada agradables, insultos más bien. Claro, después de que Andy dijo hashtag sinpelotas, todo fue una desgracia. Me da mucha vergüenza repetir los comentarios, pero es necesario para mi relato:

«Andy hasta que te soltaste la polla».

«¿Cuando salgan de la cárcel van a terminar cagando como patos ja, ja, ja!».

«En prisión van a tragar más sables que un faquir».

«#sinpelotas, #pajeros».

«Andy... ¡búscate las pelotas en el culo!».

Eso intimidaba, y bastante, pero no podíamos detenernos: echarnos para atrás ya no era opción; esto tenía que salir bien, de lo contrario los bullies nos destrozarían. Después de cubrir nuestros rostros, entramos de forma estrepitosa a la tienda. Yo, con la pistola (que estaba descargada, por supuesto), apuntaba hacia la dependienta. Entre virulentas patadas y maldiciones apartamos todo lo que se atravesaba en nuestro camino. Bueno, el pobre de Andy más bien tropezaba. Esa forma de caminar de él, un

poco renco, a veces pienso que era más flojera que una discapacidad.

Le grité a la mujer con todo lo que daba mi garganta. Aunque, debo decir, tuve la impresión de que ella estaba entre asustada e incrédula, como quien sospecha si en realidad está siendo víctima de la cámara indiscreta. La puedo entender: yo, flaco, alto y desgarrado; Andy, bajo, gordo y tratando de rascarse la cara sin quitarse el pasamontañas (resultó alérgico a la lana sintética y el calor lo empeoró). Era como ser asaltada por Beavis and Butt-Head.

—¡Abre la caja, mujer! Dame todo lo que está adentro y no te pongas cómica —le decía mientras oscilaba la pistola entre su cara y la caja. De inmediato me di cuenta de que Andy andaba un poco despistado, por lo que le grité—: Andy, enfócale la cara, que se vea el miedo que hay en su rostro.

—Kike, estoy enfocando toda la tienda, la gente me lo está pidiendo. ¡Ya hay muchos conectados! Y nuestro hashtag se está haciendo viral, ¡un éxito! —dijo el pobre imbécil.

—¡Sabía que mi hashtag sería una sensación!

—Bueno, ese no... el de... sinpelotas. ¡Lo bueno es que ya es viral!

—Y tú, ¿qué esperas, estúpida, que no abres la caja? —vociferé entonces mirando a la pobre mujer que estaba impávida.

—A ver, que no hace falta que me insultes. Creo que son dos niños idiotas buscando problemas. ¡Ten cuidado se puede disparar esa arma! —dijo ella con un tono de superioridad que no me gustó nada.

Yo le grité de nuevo:

—¡No te hagas la graciosa y dame todo lo que está en la caja!

—¡Hey! Tampoco es que hay mucho, ¿no? Ahora

cancelan más con tarjetas que en efectivo.. En definitiva, criatura, a mí me pagan muy poco para tener que soportar ser asaltada por dos anormales.

No podía permitir que la situación se me fuera de las manos. Les confieso que sentí a la mujer más segura que a nosotros mismos. De repente, Andy me jaló por el suéter sin dejar de ver la pantalla de su móvil:

—Kike, no te imaginas la de gente que se está conectando. ¡Nos estamos haciendo virales! Está todo el colegio. Y hasta tu vieja, brother. De hecho, acaba de dejar un mensaje —esto último lo dijo con una voz que pasó de la emoción al miedo.

—Vaya, por Dios, me están asaltando los más imbéciles del pueblo. Hasta yo seré el hazmerreír de todos. No me sorprendería que esa arma esté descargada —dijo entre dientes la mujer llevándose las manos a las sienes. Tenía un aspecto muy extravagante, vestía a rajatabla a lo pinup girl: unos anteojos ridículos en forma de ojo de gato, un cabello negro, que parecía lo pintaba con betún, amarrado con un pañuelo rojo creando una escueta cola de caballo; sus uñas eran absurdamente largas y pintadas de blanco con unas piedras chabacanas estilo brillantes incrustadas. Parecía salida de uno de esos posters vintage de 1950.

Sin dejar de apuntar, le pregunté a Andy si lo de mi mamá era cierto.

—¿Mi madre nos está viendo? ¡Pero si ella odia las redes sociales!

—No las odiará tanto porque yo la sigo a ella en su perfil de OnlyFans, ¡y vaya par de tetas que tiene tu madre! Y un culo, el otro día subió una foto tomando el sol en tanga en la azotea de tu casa.

—¿Mi mamá...? ¿En OnlyFans? Me estás jodiendo. Mira que no estoy para bromas. Y mucho cuidado si te estás haciendo la paja con mi mamá.. ¿Qué dice el mensaje?

—pregunté nervioso. Ustedes imaginarán que lo último que esperaba es que mi madre estuviera viendo todo eso.

—Bueno, dice: «Enrique Alberto, ¿más te vale que dejes tranquila a Penélope y te vengas a la casa de inmediato; o si no, te mato! ¡Coño! ¡Qué vergüenza! Y tú, Andrés Gregorio, deja que vea a tu mamá. ¡Es que los mato!». Eso fue lo que escribió, Kike. ¡De que está brava, lo está! Y cuando le diga a mi madre...

—¿Penélope...?! Pero...¿mi mamá te conoce?

—¿Eres Kike, el hijo de Ágata?! No lo puedo creer... Te voy a decir algo: si lo de OnlyFans te sorprendió, mejor ni decirte de qué nos conocemos. Mira chiquito, me tienes nerviosa con esa pistola. Hazle caso a tu madre, hijo. Pero... ¿esto es en serio? ¿De qué van ustedes? —dijo Penélope con su rostro rojo y sudoroso de lo molesta que estaba—. ¡Y esta otra criatura que no deja de rascarse esa cara! Niño, que te vas a arrancar el pellejo.

—Kike, es que no aguanto más esta tela, me arde.

—¡Chiquillo! —soltó ella—. ¡Quítate eso y deja de ser idiota! Ya sabemos quién eres... Tú eres el que ha acabado en la farmacia con la existencia de lubricante para tus pajas. Todo el mundo te conoce como «El pajero». Andy se quitó el pasamontañas y la cara la tenía roja, hinchada y los granos del acné ya le estaban supurando; aquello parecía una pizza. La mujer y yo casi vomitamos del asco.

Ahí me di cuenta de que el asunto se estaba yendo de madre y que debía terminar lo antes posible con ese desastre. Así que arremetí de nuevo contra Penélope.

—¡Dame el dinero de la caja de una vez!

—No puedo abrir la caja a menos que me compres algo. De resto, no abre, y yo no tengo un centavo —dijo colocando el codo sobre la caja e inclinando su cuerpo un poco sobre esta, con la otra mano en la cintura y el hastío dibujado en su rostro.

Le ordené a Andy que comprara algo, lo que fuera para que ella abriera la maldita caja e irnos para la casa. Las redes sociales explotaban, hasta el alcalde del pueblo estaba siguiendo la transmisión. Aquello era una lluvia de mensajes con insultos, pero también los de muchas chicas que decían querer ser nuestras novias. ¡Con eso nos emocionamos!

—Por fin, ¿van a comprar algo para abrir esta caja y terminar esta payasada de una vez? ¡Y quita la pistola de mi cara! —dijo ya un poco histérica.

Andy tomó un aceite de oliva extra virgen, sorprendido le dije:

—¿Brother, ¿en serio? ¿Aceite de oliva?

—¿Sí, claro, bro! Con esto me voy a hacer una paja gourmet —dijo entre risas. La verdad yo también me reí. Pero más vale que no, los comentarios después de eso no se hicieron esperar:

«Buena compra, usen en la cárcel el hashtag: #miculohueleaolivas», «#aceitedepollaextravirgen», y así uno tras otro.

Por fin Penélope abrió la caja. Nos quedamos mirando el contenido fijamente y... si llegaba a sesenta dólares, era mucho.

—¿Se los dije! —dijo la cajera.

De pronto se empezaron a escuchar las sirenas de la policía. Andy entró en pánico y, asido fuerte a mi brazo, comenzó a gritar:

—¿Kike, la policía, la policía, tengo miedo!

Ahí estaba yo, tratando de quitármelo de encima y él zarandeándome con toda su fuerza y, por supuesto... sucedió lo peor. Se los juro, amigos, no entiendo cómo apreté el gatillo.

Cerré mis ojos y me encogí de hombros al escuchar la detonación. Cuando los abrí de nuevo, miré a Andy, que estaba a mi lado casi de cuclillas, tapándose los oídos. De

inmediato volteé a ver a Penélope. Estaba todavía en pie, con la mirada fija en mí. De su cabeza escurría un hilo brillante de sangre. Puso los ojos llorosos en blanco y se desplomó. Andy y yo, aterrorizados y de puntillas, nos apoyamos en el mostrador y miramos el cuerpo sin vida de Penélope sobre lo que era ya una sábana de sangre que, para mí, se tornó gris, pues mi mente, desde ese día hasta hoy bloqueó el color rojo.

Lo único que escuchaba era el pito que me dejó la detonación y el tiempo dejó de existir. Sentí a un policía agarrarme de las manos y ponerlas contra mi espalda. No podía dejar de verla; hasta hacía unos segundos había estado ahí, con su estilo cursi y llena de vida, ahora, por mi culpa, muerta. De pronto, a lo lejos, escuché la voz de Andy, aunque todavía estaba a mi lado.

—Kike, Kike... —gritaba—. ¿Qué pasó? ¡Diles que fue sin querer!

Mientras los policía nos empujaban y nos introducían en la patrulla, casi a golpes, uno de ellos, gritando, nos dijo:

—Par de chiquillos idiotas, buscando fama y mira todo lo que la han liado.

Lo único que Andy dijo fue:

—Prometiste que sólo era para hacernos famosos.

Pasé toda mi adolescencia en un correccional juvenil. Jamás volví a saber de Andy. Para mi madre, vivir con la vergüenza de aquella historia era un peso que no podía soportar, así que se dedicó a hacer lo mejor que sabía: enmascarar mis errores. Así que nos fuimos del pueblo y hasta cambiamos nuestros nombres... Ya no queda nada de aquel Kike.

En estos tiempos, las redes sociales son completamente diferentes. Ahora son temáticas, todo es inteligencia artificial y mi madre tiene muchos seguidores en una plataforma llamada OldiesFans, exclusiva para todos

aquellos que tienen fetiches con viejas. Estoy seguro de que Andy debe seguirla. Lo cierto es que mi madre y yo nunca más volvimos a hablar del tema. Pero sigue estando ahí... en nuestras miradas.

## AROMAS



Voy a contarles una historia, pero de antemano pido, por favor, que no me juzguen; además, no creo que ustedes estén libres de pecado, y si lo están, no deberían seguir leyendo.

Lo que voy a relatar sucedió el año pasado, poco después de dejar de fumar. La abstinencia al tabaco, estoy convencido, nos puede enloquecer. Pero hay algo peor, y es que, cuando dejas un vicio, algunos nos aferramos a otro.

Mi nuevo vicio se llamaba Giselle. Cuando la conocí yo vivía entre sudores, dolores de cabeza, contracciones musculares, insomnios, irritabilidad y hasta palpitaciones oculares, los típicos síntomas del síndrome de abstinencia. Si recién has eliminado la nicotina, vivirás con la sensación de que el mundo ha adoptado cierto aspecto onírico; para explicarme un poco mejor, es como estar colocado todo el día. Pero cuando esta mujer apareció en mi vida mi mente se volvió adicta a ella. En realidad no estoy seguro de cuánto tiene que ver todo esto con mi comportamiento, pero a lo mejor en algo contribuyó a mi obsesión.

A Giselle sólo la veía los jueves... bueno, no ansiaba tanto verla como olerla. El resto de la semana se me había vuelto un tedio, pero esas tardes de los jueves... tenían otro ritmo, el de ella. Mi olfato cada vez se agudizaba más ante sus aromas, y en mi mente, tan sólo el olor fantasma de su coñito ¡Me tenía enfermo!

Cuando llegaba con ese caminar de gata que se acerca furtivamente arrastrándose hacia su presa, me

ponía cachondo. El brillo lascivo de aquellos ojos azules, quemaba, y cuando la muy hija de puta movía ese cabello negro, largo y arremolinado, soltaba un olor a sexo viciado. Creía haber encontrado, por fin, el olor de mujer que tanto había buscado, aunque lo admito: estaba poseído por un sueño nacido de mis obsesiones.

Un jueves en particular, sentada frente a mí, inocente ante mi mirada e infames pensamientos, noté en sus ojos una profunda tristeza que nunca le había visto.

—Hola Giselle, ¿cómo estás? ¡Qué bueno verte! Me agrada mucho hablar contigo.

—Gracias, Eduardo, a mí también, créelo. Pero hoy estoy más deprimida de lo normal. Sin energía y con ganas de dejar este trabajo. De hecho, como te he comentado tantas veces, gano muy bien, más de lo que jamás hubiera imaginado. Ya lo sabes, mis clientes son hombres de mucho poder... pero esta vida de puta no es fácil, siento que me quedo con toda la mierda de mis clientes encima.

—¿Qué pasó esta vez? ¿Con qué tipo de cliente te encontraste que te dejó en este estado?

—Un maldito loco, obsesionado con la limpieza.

—¿Ah! Un TOC ¿Me quieres contar detalles?

—¡Sí! Necesito conversarlo con alguien. Estoy muy afectada, creo que incluso más de lo que me han afectado los sados. ¿Recuerdas a aquel que le gustaba tanto que le pisara las bolas con el tacón?

—¿Claro!, ¿cómo olvidarlo?

—Bueno, peor.

Me costaba enfocarme en su conversación y sólo venían a mi mente cosas como: ¿A qué olerán sus axilas? ¡Ojalá le apesten! Nada más excitante que el olor de la axila de una hembra bien sudada después de coger. Podría estar horas enteras oliéndole los sobacos a esta perra.

Recuerdo que la noté un poco hinchada. Ya conocía bien su figura, así que imaginé que podía tener la regla

y el sólo pensar en ese olor avinagrado, metálico, me hacía temblar como una gelatina recién sacada del molde. ¡Sí, a esos niveles llegué!

Pero además llevaba un vestido rojo pegado al cuerpo y hacía que su pecho, lleno de pecas, se destacara más. Las tetas se le veían redonditas y apetitosas; hasta sentí ternura, como una especie de fetichismo materno. Mientras ella me seguía contando, yo sólo esnifaba profundamente todo el aire que me rodeaba tratando de capturar algo más.

—Bueno, esto ha sido bastante traumático para mí. Era mi primera cita con él. Llegamos al lugar, cada cual en su auto. Era un hermoso hotel de montaña, de cinco estrellas. Él llegó primero, tan pronto me vio estacionar bajó de su auto, se dirigió a la maleta y sacó una caja con todo tipo de artículos de limpieza y un gran bolso. Sorprendida y nerviosa, bajé de mi auto, me acerqué, le extendí la mano pero me la dejó ahí suspendida.

—¡Claro, no te iba a tomar la mano! —observé—. Son un ramillete de bacterias.

—Exacto, se iba a contaminar —dijo ella lánguidamente—. Se quitó los zapatos en la puerta de la habitación y me pidió que hiciera lo mismo, obedecí. Cuando entramos sentí un delicioso olor a madera mezclado con tierra mojada... a bosque. Eso me relajó un poco. Luego, me miró de arriba abajo y exigió que me bañara. Aunque le dije que venía de mi casa, no le importó y de forma despectiva dijo: «¡Bañate!». En ese momento sentí más bien que había llegado al Overlook, ¿sabes? La película Kubrick...

—¡Claro! El resplandor. Sin duda este tío puede ser un personaje de Kubrick —dije entre risas irónicas.

Me encantó que tuviera ese destello de humor negro. Pero yo sólo pensaba en lo bestia que fue ese tipo. ¿Cómo le quitó ese aroma? ¿Cómo puede el jabón sustituir el olor de una jugosa concha ácida?

—Bueno, me sentí muy incómoda, y no dije nada porque la agencia me había dicho que este hombre había pagado el doble de la tarifa y me exigieron que lo tratara muy bien. Cuando salí del baño, para mi sorpresa, lo encontré prosternado y con guantes limpiando todo el piso del cuarto. Parecía un poseído ese loco de mierda; no supe qué decir y me mantuve observando en silencio aquella patética escena.

—Y, ¿te dijo algo?

—En lo absoluto, es más, te cuento: hasta pensé que me iba torturar o algo peor. Ya estaba empezando a ponerme paranoica como para pensar en cualquier cosa. Me tranquilizaba el hecho de que la agencia investiga muy bien a todos los clientes para evitar algún problema grave, tú sabes. Así que me dije: ¡este cabrón es un fetichista más! Cuando terminó de limpiar, quitó todas las sábanas de la cama, sacó las que traía en el bolso y la tendió de nuevo. Luego se sentó en el borde y me ordenó que le chupara el pito. Y, tratando, estúpidamente, de conseguir alguna conexión le dije, con voz sensual: «¡Perfecto! Es lo mejor que sé hacer». Para ponerle la guinda a la torta el muy pendejo sacó del bolso un cepillo de dientes con una pasta dental y exigió que me lavara los dientes y la lengua. ¿Lo puedes creer?!

—Claro, eso es típico de los obsesivos con los gérmenes.

—Total, me fui al baño. Y cuando salí el tipo estaba ya desnudo acostado sobre la cama con aquel pito flácido y pequeño. Me atrevo a decir que es el más pequeño que he visto en mi puta vida.

—Pero mejor pequeño, debe ser todo más fácil, ¿no? —le pregunté sin dejar de pensar que habría dado todo por ser yo el que hubiera estado ahí esperando por esa boca grande y esos labios carnosos que parecía le caían dos de un sólo golpe.

—Bueno, no necesariamente. Es más fácil porque te la puedes meter por todos lados y no hay dolor. Aunque me he encontrado con unos que la tienen chiquita pero son fastidiosos y juguetones. Este no era el caso, eso era puro pellejo.

—¿Qué asco! ¿Y qué hiciste?

—Bueno, ir a la faena. Pero cuando me voy a montar en la cama este tipo me pasa un paquete de toallitas húmedas para que me limpiara los pies, ya que había caminado descalza desde el baño hasta la cama. El puto loco hizo que me limpiara los pies de nuevo. Podía ver en su repulsivo rostro el asco e incluso desprecio hacia mí. A diferencia de él, yo no podía, ni por un segundo, manifestar mi repulsión... era un cliente. Y, bueno, yo tengo experiencia para fingir muy bien y eso hice, poker face. El hijo de puta me pidió que me limpiara los pies de forma lenta y sensual, mientras él intentaba endurecer su esmirriado pito.

De repente sus ojos ya no contenían nada y era sólo el gesto en su rostro que me mostraba cuán humillada se sentía. Me dio vergüenza, si ella hubiera imaginado por un segundo todo lo que pasaba por mi mente mientras hablaba, la hubiera destrozado. Quería abrazarla, algo prohibido para mí, pero el simple hecho de pensar tenerla entre mis brazos y sentir su piel, su olor... ¿Se me paró! Y comencé de nuevo a fantasear, ¡sí, lo sé! Deben estar pensando que soy un enfermo, pero no podía controlar mis impulsos y con la falta de nicotina se agudizaba mi ansiedad.

En un gesto de caballero le ofrecí café, agua o cualquier cosa, pero no quiso. Ella continuaba relatando su experiencia mientras yo seguía mi viaje entre su historia y mis fantasías.

—Y, ¿sabes?, con los otros clientes siempre estoy pensando en otra cosa. Me conozco todos los trucos para que se corran rápido, y así terminar lo más pronto posible.

Pero este tipo logró dominar mi mente. Casi no hablaba y emitía unos ruidos muy desagradables. Cuando le pregunté si por fin quería que me la metiera en la boca, me respondió con un rotundo no, que todavía sentía olores desagradables en mí.

—¿Olores desagradables? ¿Cómo cuáles? ¿Qué olor te dijo que sentía? ¿A qué le olías? —pregunté impaciente, creo que hasta un poco «de más de impaciente» pero era mi momento para hacerme una mejor idea.

—El hijo de perra me dijo que yo olía al agua de flores podridas del cementerio.

—¿Flores de cementerio?!

—¿Sí!

—Y, ¿cómo cuáles? ¿Claveles? ¿Calas?

—¿Ay, Eduardo, no sé, no me dijo eso...! ¿Hace alguna diferencia?

—No, no, no. Disculpa, es que estoy un poco choqueado con la historia. Pero continúa. Entonces a flores...

—¿No! Ni a calas, ni a claveles... al agua de las flores del cementerio, es importante destacar eso. Yo le olía al agua putrefacta de las flores. No conforme con eso, me dijo que iba a ir conmigo al baño para lavarme mejor. Me bañó. Me pasó una esponja de mierda por todos lados repetidas veces o por lo menos hasta que consideró que yo estaba limpia. Luego, el maldito salió del baño, cerró la puerta de golpe y yo me quedé ahí llorando un tiempo, no sé cuánto, hasta que no pude más y me dije: «¡A la mierda la agencia y el dinero! Me voy de aquí». Pero cuando salí ya no había nadie, esa rata se había ido.

Traté de consolarla como pude y hasta logré aplacar un poco mis fantasías, no quería humillarla también con mis pensamientos.

—¿Oh, Giselle! Es un enfermo, no le permitas...

—¿Perdona! Perdona que te interrumpa, pero me quiero ir.

—Giselle, piensa que te has topado con hombres más aberrados y has sabido lidiar con eso, que este no sea la excepción. Pero bueno, tranquila, la próxima vez que nos veamos, si quieres, ahondamos más en esto, ¿te parece?

—¡Sí! Pero de una vez te digo algo: jamás en esta vida de mierda me había sentido tan sucia y tan despreciada. ¡Adiós, Eduardo!

Se fue. Necesitaba sentir algún olor suyo más íntimo, necesitaba un poco más de ella. Me abalancé a su silla esperando encontrar, aunque fuese un poco, el olor de su coño o su culo, y, ¡no! Sólo olía a cuero, a puro cuero de mierda. Fue ese el momento en que reaccioné ante lo bajo que había caído y comprendí que era de la misma calaña que el cliente de Giselle. Les confieso que hasta casi lloré, pero me interrumpió mi secretaria. Se impresionó al verme en el suelo, pero no preguntó nada, simplemente me informó que había llegado mi próxima paciente. La depresiva Carlota, pero a esa me parecía que le apestaba el coño.

A large, light gray, stylized number '2' is centered on the page. It has a thick, flowing, calligraphic appearance with a curved top and a loop at the bottom.

**ANA MARÍA MENA**



Feddy 2024

## EL PERMISO DEL NEÓN ROTO



¡Salte ya mijo! —le gritó la señora a Jota-Jota mientras le apuntaba hacia la puerta de entrada de la tienda de conveniencia. El muchacho, esquinado entre la estantería de los cigarrillos y la nevera de las cervezas, no se movió. Estaba petrificado viendo a la madre de quien fue su mejor amigo, como poseída sosteniendo un bate de beisbol con sus dos manos y lista para desatar una ira incontenible.

—¡Salte! —repitió la señora al joven en un clamor ahogado mientras sus ojos apuntaban al Jeque, quien se mantenía paralizado detrás de la caja registradora. La madre sostenía el bate a lo alto en posición de ataque. Jota-Jota permanecía atrincherado tratando de darle sentido a esa realidad imprevista que continuaba avanzando.

—El Jeque no es mala gente —se atrevió a susurrar el desconcertado adolescente en un intento de disuadir una violencia no negociable.

—El Jeque no es mala gente —repitió la señora con sarcasmo enfocada en la mirada del dependiente—. El jeque no es mala gente —continuó atrapada en la frase. Hizo un pausa y encolerizada, empezó a embestir con el bate todos los productos que rodeaban al vendedor. Lanzó jonrones contra artículos que parecían memorias para computadoras y contra cigarrillos electrónicos. Trozos plásticos multicolores estallaron en diferentes direcciones. Los jugos cargados de nicotina salpicaron con sus olores inicialmente agradables para luego quedar convertidos en manchas de un pachulí desagradable que impregnó el lo-

cal. Los sabores coco-tutifruti, brisa marina, algodón de azúcar y marihuana no se mezclaron bien y terminaron siendo repugnantes.

El Jeque no se movía. Sus brazos largos parecían estacas ancladas sobre la mesa del mostrador. La violencia que lo rodeaba no le era extraña. Miraba la nada con sus ojos almendrados e irritados. No se defendía ni intentaba neutralizar la agresión. El Jeque, como lo apodaban Jota-Jota y sus amigos, recibía la ofensa con la resignación del que no tiene esperanza.

La señora seguía gritando que el Jeque no era mala gente mientras arremetía contra lo que se le cruzaba a su paso. El arma con el que atacaba era un bate familiar para el muchacho. Era el de su mejor amigo. Un amigo que no volvería a ver en el campo de juego, o en el pasillo de la escuela, o en el vecindario, o en la cocina de su casa, o durante las vacaciones. Ahora lo que observaba era sólo a su madre histérica destruyendo aquel lugar, y a sí mismo incrédulo e inmóvil. Le provocó llorar. Y así lo hizo ahora derrumbado en el piso.

En un último movimiento, la madre lanzó el bate hacia la puerta de entrada destruyendo el cartel de neón que anunciaba Abierto veinticuatro/siete, y dejó escapar un chillido que violentó cada espacio e impregnó la tienda de desconsuelo. La señora se vació de energía y cayó desvanecida sobre el suelo inmundo. Bajo el permiso del caos que lo rodeaba, el Jeque desancló su cuerpo y camino hacia la mujer derrotada. La observó por un momento para luego abandonarse a su lado. Jota-Jota los veía como quien participa en una realidad virtual.

Y allí estaban, los cuerpos de la señora, de Jota-Jota y del Jeque rendidos sobre la superficie del establecimiento, como cadáveres en una escena de crimen. Pero no, aquellos tres no estaban muertos; sólo se tomaban una pausa bajo el permiso del neón roto.

Salpicada de nicotina y marihuana húmeda, la mujer empezaba a aceptar que su hijo se había ido, que su niño había pasado a ser un número más en el índice de mortalidad causado por inhalar esos vapores químicos que se vendían a menores de edad con tanta libertad y poco control. Respiraba profundamente en un ritmo que sonaba a llanto sobre aquel piso nauseabundo que la acercaba al Jeque, al «buena gente» que ilegalmente le había vendido la mierda a su hijo.

Él la miraba con sus ojos irritados tratando de identificar algo familiar en su rostro. Reconoció en ella desesperanza, soledad, dolor y desconsuelo. Esos sentimientos estaban también en él. No lo habían abandonado en los últimos diez años, desde que se vio obligado a dejar su tierra. Una tierra plagada de violencia y necesidad. En el escape perdió su pasado cuando una bomba estalló tan rápido y tan cerca que no le permitió reaccionar. Sólo su Dios sabía por qué no se fue del mundo aquel mismo día junto a su familia. Pero desde entonces la vida no había mejorado y la tragedia de la pérdida se había quedado como una niebla que no terminaba de difuminarse. De una manera u otra el exilio lo trajo hasta esa tienda donde había ido sobreviviendo. Dormía en un catre en el cuarto de atrás, allí donde se escondía la mercancía ilegal que tanta demanda tenía entre los jóvenes del vecindario. Era parte del trato que aceptó para subsistir en la miseria.

El Jeque sólo había aprendido palabras básicas, pero sabía los números necesarios para cobrar, pagar, contar. Enfrentarse al rostro desencajado de la madre había sido el contacto más honesto con otro ser humano que había tenido en los últimos años. Al verse allí, vulnerable frente a ella, murmuró algo ininteligible, pero de inmediato calló y se retrajo en su aislamiento de costumbre.

Desde su esquina, Jota-Jota seguía tratando de descifrar si lo que estaba viviendo era una realidad paralela

o una alucinación. Pero no se había metido nada antes de ir a la tienda. Precisamente había llegado allí buscando su provisión semanal de marihuana sólida y líquida y demás parafernalia. Estaba muy triste con la noticia de la muerte de su amigo, pero dudaba de que los cigarrillos electrónico hubiesen sido la causa «¿Qué va! Todo el mundo lo hace. Estaríamos todos jodidos si hubiese sido por eso», pensaba mientras pasaba horas encerrado fumando en su cuarto. Pero aquella noche, atrapado en esa extraña escena en la tienda de conveniencia, la falta de su amigo era inescapable. Podía transferir el duelo de la madre a su propia madre, y la miseria del Jeque a su propia miseria. Tuvo que sacudir su cabeza. La sensación era nauseabunda.

La pausa terminó y los tres cuerpos recuperaron su compostura. La señora regreso de su trance y se levantó. Observó alrededor reconociendo el desastre que había creado. Caminó hacia la entrada para recoger el bate de su hijo, un recuerdo que ella acababa de violentar. La madre volteó hacia el Jeque y encontró su mirada por un instante. Luego abrió la puerta y salió con su duelo, dejando el sonar de los cascabeles retumbando en la desesperanza. Jota-Jota se marchó después. El Jeque se retiró a su catre, a descansar. Sus ojos almendrados, irritados y tristes se quedaron mirando el vacío.

## LA PRESA



María escuchó el portazo, se dio media vuelta en la cama, se hundió debajo de las cobijas y trató de recuperar el sueño. Todavía no daban las cuatro de la mañana, pero la hora era más que ideal para ir de cacería, y su marido ya había salido. Llevaban una semana en la cabaña del bosque, y aunque a María no le gustaban las armas o la idea de acabar con vidas como deporte, encontraba cierta paz en las largas horas de soledad que le regalaba la obsesiva dedicación de su marido a la caza. Aquella mañana, María no volvió a dormirse. Tenía además sangre presionada debajo de la piel de su antebrazo, lo que anticipaba un hematoma con la estampa de la mano del esposo. En ese momento ya ni recordaba lo que le pudo haber dicho o hecho al hombre el día anterior para recibir el apretón. Quizás nada. Tampoco le puso mucho pensamiento. Evasiéndola la realidad de su brazo, protegió su cuerpo con la bata y se levantó a preparar el café.

En el preludio de la mañana, un sinfín de luces empezaron a titilar en la oscuridad del bosque demarcando el espacio de la cabaña. María miraba incrédula desde la ventana de la cocina. Se apresuró hacia el porche y luego siguió hacia los árboles cercanos, donde se detuvo. Allí estaba, inmersa en la penumbra de la noche y sin embargo aquellos pequeños insectos la envolvían con su magia. Emociones comenzaron a revolverse, sus ojos se aguaron y las lágrimas encontraron senderos cuesta abajo. Después de unos cuantos sollozos, que dolían como el magullado del antebrazo, María volvió a recuperar su fal-

sa calma. Todo volvió a estar casi negro. Casi, porque por allá, muy a lo lejos, había quedado una luz. María se quedó hipnotizada viéndola en el horizonte esperado que se moviera o se apagara, pero no, el foco se mantuvo cierto por largo rato hasta que quedó escondido durante el amanecer.

El día entró y siguió su curso. María limpió, cocinó, lavó ropa, salió a caminar al bosque, recibió al marido hediondo a sangre seca, y al atardecer lo despidió de nuevo agradecida por la cacería nocturna. La oscuridad la encontró sentada en la mecedora del porche con la mirada enfocada hacia aquel punto donde la luz se le había perdido esa mañana. Su mano sobaba el antebrazo.

María no podía entender de dónde venía el punto luminoso. Los cazadores no estaban permitidos en la profundidad del bosque y los senderos hacia ese lado eran muy difícil de seguir. Pensó que quizás había sido una ilusión, que la imaginó, así como también a las luciérnagas visitándola en la sobriedad de la noche. Pero el dolor que sentía en las diferentes parte del cuerpo donde había sido violentada desde hacía ya mucho tiempo, le hacía creer que algo se estaba despertando y que quizás sí había una luz a lo lejos.

Pasaron al menos un par de horas antes de que María divisara los destellos. Los hilos de luz conectaron con sus córneas y siguieron vía adentro removiéndola. Había permanecido en la mecedora del porche, inmóvil en anticipación. Su cuerpo estaba como sedado, pero al mismo tiempo alerta de una manera que no reconoció. Era como si las malas memorias albergadas en su piel estuvieran listas para decir basta y liberarse. Como un rayo, se levantó de la silla y corrió hacia adentro a juntar provisiones básicas en un morral. Después de dudar, también tomó una escopeta. Se iría a encontrar la claridad y no sabía a qué se enfrentaría en el camino. Amarró sus botas con doble

nudo, subió el cierre de su chaqueta, protegió su cabeza con un gorro y se fue cerrando la puerta con gentileza, a su manera, en sus propios términos. Se fue con la luz en sus ojos guiándola por los caminos del bosque.

La oscuridad espantaba en la noche, pero María no le hizo caso. Vivir consternada era la paz que conocía y el aire de rebelión fortalecía sus pasos. Las comisuras de su boca escalaban hacia arriba develando satisfacción. Avanzaba hacia la luz dejando atrás los lastres de sumisión. Se empujaba con el balancear de sus brazos, con el crujir de las hojas secas que pisaba, con el eventual trapiés al tropezar con las raíces e irregularidades de la superficie del bosque. María danzaba hacia adelante a dos pasos dejando sólo el trazo del vapor blanquecino de su respirar acelerado. La humedad de la noche, el ulular de búhos, el canto de los grillo, la brisa moviendo las hojas, los troncos enormes que la protegían, pasos de venados curiosos, uno, dos, uno, dos, la luz allá fija, el dolor del antebrazo disminuyendo, su sangre liberándose por dentro, recordándole su esencia, todo fundido en una sola fuerza que la rescataba, uno, dos, uno, dos, uno, dos, uno...

Un hombre enorme apareció de la nada bloqueándole el camino. María paró en seco, congelada ante la presencia inesperada. Al salir de la oscuridad el hombre se quitó la capucha y descubrió su rostro y su mirada inquisitiva. María aseguró la escopeta con su mano mientras en su cuerpo empezó a transitar una calma absurda. Aullidos se escuchaban a lo lejos.

—Es muy tarde para andar sola por estos lados —dijo el extraño. Su voz era sólida como los robles que los refugiaban.

—Para mí no hay tarde o temprano. Yo estoy escapando hacia aquella luz —señaló María—. Usted puede detenerme o dejarme pasar, o matarme aquí mismo, pero

para mí no hay vuelta atrás. ¿Ve cómo está brillando? — continuó, mostrándole su destino.

El hombre se quedó mirándola mientras el viento agitaba las ramas de la arboleda y las explosiones de las armas de los cazadores llegaban en ecos desde el otro extremo de la floresta. Así la estuvo observando con paciencia, descifrando su abismo, hasta que con compasión le dijo:

—Soy Mrozek, una de las criatura de este bosque. Si me lo permite, yo la puedo acompañar.

María bajó la guardia, y empezó a asentir. Mrozek se apartó para dejar que ella liderara el camino. Los dos continuaron hacia la luz en el silencio envolvente del bosque. No había espacio para pensamientos porque los sentidos estaban en alerta en la absoluta necesidad de sobrevivir. El frío se acentuaba con el arreciar del viento. Todavía quedaba mucha noche, pero la travesía prometía ser más larga. Fue así como en el medio del sendero se encontraron a una cierva tendida sobre el suelo. María y Mrozek corrieron instintivamente a socorrerla. Se desangraba por uno de sus costados. El trauma era de una herida de bala.

—No hay nada que podamos hacer para salvarla —dijo Mrozek—. Ha venido desde muy lejos y ha perdido mucha sangre. Está muy débil.

—Tenemos que ayudarla. Por favor. Tenemos que ayudarla —suplicó María perturbada ante la vista del animal moribundo.

Mrozek le respondió con resignación. Le pidió que le entregara la escopeta y se apartara. Ella se negó. Poseída por una convicción que venía desde sus entrañas, dio un paso hacia adelante. Sacó el arma. La sostuvo sobre su antebrazo y apretó el gatillo asegurándose de que el impacto fuese fulminante.

María se derrumbó sobre el animal inerte y lloró por largo rato. Mrozek la acompañó, pero sólo hasta que

estuvo lista para continuar. Ella ya no lo necesitaría en el trayecto que todavía quedaba por andar. La oscuridad continuaba mostrando la luz más allá de la densidad del bosque.





CARLOS A. DE JONGH GARCÍA



teddy 2007

## UN COLOSO EN CARACAS



**M**i tío Eduardo me comentó que es grande —dije a Carlos—, muy grande, inmenso, en una palabra, colosal, tal y como suele calificar 4P a algo o alguien de dimensiones fuera de lo común.

Una sonrisa vino a sus labios, lo cual me hizo pensar que recordaba alguno de los episodios protagonizados en clase por nuestro profesor de Castellano y Literatura, Pedro Pablo Pérez Perazo, a quien, cariñosamente —si bien a sus espaldas—, apodábamos 4P. Solía éste hacer gala de su vasta erudición y asombrosa capacidad histriónica yendo, sin pausa alguna, de recitar un poema de Andrés Eloy Blanco a especular sobre quien fue el autor del Lazarillo de Tormes, o sermonear acerca del segregación social encarnada en Matar a un rruiseñor.

Entrado ya diciembre, conversábamos en el techo de la casa de La Florida, dónde moraba con sus padres, hermanos y abuelos maternos. Era la azotea un lugar al cual subíamos casi siempre cuando iba a estudiar allá. Construida en los años cuarenta, la casa tenía un soleado patio interior, pleno de vegetación, cuyos corredores contiguos distribuían sus diferentes ambientes. Uno de éstos, más bien pequeño, poseía una ornamentada reja de metal, pintada de verde, que ocupaba todo su costado externo y dejaba ver el amplio solar engramado existente detrás de la vivienda. Cuatro fenomenales matas de mango se erguían al fondo del dilatado espacio, un par de ellas mostrando ya sus primeras flores, promesa firme de los frutos que habríamos de saborear en febrero o marzo próximos.

El patio de atrás, como se le conocía en el lenguaje de todos los días, permitía admirar, casi tocar, el cerro El Ávila, el cual, en la medida que el Sol hacía su recorrido de la alborada hasta el crepúsculo, gradualmente se bañaba en los más asombrosos matices. Adjunta a la verja, formando un costado del patio, se encontraba una edificación de plata-banda que albergaba tanto el lavandero como el tendadero; de su techumbre sobresalía una estructura de concreto en forma de cubo: el indispensable tanque de agua.

La primera vez que Carlos me invitó a subir, lo miré extrañado y pregunté:

—¿Cómo vamos a hacer?, ¿dónde está la escalera?

—Ya te enseño —me dijo, impávido, y en un santiamén, con movimientos fluidos y seguros, había ya trepado por la cara exterior del enrejado esmeralda. Una vez arriba, ante lo que probablemente lució como una actitud irresoluta de mi parte, me increpó:

—¿Vienes o no?

—Por supuesto que sí. ¿Tú qué me crees?

Más por orgullo que por convicción subí tras él, lo cual, a decir verdad, no fue tan difícil.

Carlos aplaudió y comentó:

—Lo hiciste muy bien, aunque estabas agarrotado, como si fueras un robot. Pero, no te preocupes, la práctica es la mejor maestra.

Una vez arriba, pude notar la existencia de un amplio receso, el cual, comprendido entre las paredes del estanque y la casa, quedaba totalmente cubierto por el alero del tejado de ésta. El lugar estaba provisto de una pequeña repisa de madera sobre la que reposaban tres o cuatro libros de tapa dura y una revista que, abierta y bocabajo, mostraba en su contraportada al siempre sonriente hombre Marlboro a punto de encender el cigarrillo que tenía en la boca. Un par de cojines y un termo con agua completaban la escena.

—¿He aquí mi guarida! —comentó Carlos.

De seguidas trepamos al tope del depósito de agua. Parados sobre su cubierta pudimos ver casi toda Caracas: frente a nosotros, en la cumbre de El Ávila, el hotel Humboldt; a sus pies, el lúcido edificio del colegio Humboldt; más al este la cascada de la quebrada Chacaíto, tan despejada que casi escuchábamos sus rumores; el estilizado viaducto de Los Chorros; la extensa abra de Petare; el monumental letrero de Caurimare; la Villa Planchart; las Colinas de Bello Monte, plenas de nuevos inmuebles; los monolitos gemelos de Los Próceres, centelleando bajo el sol; las características torres de El Silencio, imagen de la ciudad; la iglesia de San José del Ávila y, a su lado, el inicio del camino de los españoles; las antenas de Venevisión y la emisora cultural 97.7 FM y, por último, el colegio La Salle La Colina, amado espacio donde ambos estudiábamos desde que éramos niños y del cual nos despediríamos en pocos meses.

—¿Y cómo es que te dan permiso de subir al techo?  
—pregunté.

—Al principio no me dejaban, pero, con el problema del agua a mi abuela se le ocurrió que yo podía, «con muchísimo cuidado», subir y revisar cuán lleno o vacío estaba el tanque, y así tomar medidas según fuese el caso. Eso hizo el truco: de allí en adelante no hubo grandes obstáculos. Ahora cuando me provoca subo, siempre que no esté lloviendo o haya truenos, ese es el compromiso. Me quedo, a veces un ratico, otras un tiempo más largo.

—¿Y para qué? ¿Qué haces aquí arriba? —inquirí.

—Bueno, las más de las veces para estar solo. Hay momentos en los que hay mucho barullo allá abajo. Recuerda que tengo cuatro hermanos, si bien la menor tiene apenas seis meses. No se diga cuando vienen mis tíos y primos a visitar a los abuelos. Además, aquí hace fresco,

el paisaje es bonito y puedo ver alrededor: al que pasa por el frente de la casa o camina por el jardín de los vecinos, al amolador cuando baja por la calle, aun antes de que toque su silbato; el camión del frutero, antes de que este perifonee las ofertas del día. También veo a Petare, claro o negro, y entonces sé si va a llover o no. Y fíjate, los aviones que van a aterrizar en La Carlota pasan por allí —me dijo señalando al cerro—. Vuelan hacia el oeste, paralelos a la montaña, y dan la vuelta allá, más o menos sobre el colegio. Además, puedo repasar con calma la revista de dermatología.

—¿La revista de dermatología? —comenté extrañado.

—Sí —me respondió riendo, mientras señalaba hacia la publicación que reposaba bocabajo sobre un cojín—. La revista de dermatología, mejor conocida como Playboy. ¿Tú no estás en nada!

Solté una carcajada.

—Pero cuéntame —expresó—, ¿todo eso te lo dijo tu tío?

—Sí, me explicó que iba a pasar por aquí el domingo por la mañana —repliqué—. Él mismo participó en el diseño del recorrido.

—¿Y sabes cómo es? —inquirió.

—Ya te dije, es grande, grandote. Mide más que la Estatua de la Libertad y que el Coloso de Rodas, la efigie aquella que, recordarás, a horcajadas sobre la entrada del puerto de la isla griega, obligaba a los barcos que entraban y salían de aquel a pasar entre sus largas piernas. También me dijo que es el más moderno de sus pares, aunque tiene mucho en común con ellos: si bien cuando se comienza a mover lo hace lentamente, cuando toma velocidad es rapidísimo, al punto de que 4P diría que tiene «los pies ligeros, tal y como Aquiles». Es capaz de llevar pesos enormes y hacer por sí sólo el trabajo de dos, sin dificultad alguna.

Y, no menos importante, tanto tenerlo como utilizarlo da prestigio.

—¿Qué bueno! —dijo Carlos—. En tres días ya será domingo y podremos verlo. ¿Quieres venir a almorzar? Podríamos mirarlo juntos, y después hacer los ejercicios de matemáticas que seguramente nos mandará a hacer Jiménez mañana. Nosotros, como siempre, iremos a misa de ocho y media en La Chiquinquirá, pero ya a las diez, diez y cuarto debemos estar aquí.

Eran las diez y diez de la mañana de aquel domingo cuando papá me dejó en la casa de La Florida. Los padres de Carlos me recibieron cariñosamente, como siempre.

—¿Bienvenido! —dijo don Pablo—. ¿Van a verlo pasar?

—Ya Carlos Alejandro nos dijo que se iban a subir al techo —agregó de inmediato doña Luisa (ella siempre lo llamaba por sus dos nombres: Carlos, por su papá; Alejandro, por el otro abuelo)—. ¡Mucho cuidado! Avisen cuando sea el momento, nosotros nos conformaremos con verlo pasar desde la puerta de enfrente.

Subimos al tanque. El cielo, sin nubes, mostraba los más dilatados matices de azul, desde el cerúleo del horizonte hasta el índigo de su cúpula; en síntesis, una típica mañana decembrina de aquellas que sólo se ven en Caracas. El Ávila, límpido, imponente, se veía tan cerca que parecía que podíamos palparlo. No pude menos que recordar uno de los poemas favoritos de 4P, obra de Lope de Vega: Excelso monte, cuya verde cumbre pisó difícil poca planta humana, aunque fuera mejor que fuera llana, para subir con menos pesadumbre.

Al poco rato escuchamos un murmullo e, inmediatamente, supimos de qué se trataba. Miramos hacia el este y lo vimos: un pequeño punto brillante que, contrastado a

la vigorosa lozanía de la vegetación avileña, se acercaba velozmente.

Al unísono, gritamos, «¡Allá viene!».

En un instante la imagen del avión tomó forma y, casi antes de darnos cuenta, estaba frente a nosotros. Majestuoso, semejaba una inmensa ave metálica. El dorso de su gallardo cuerpo era de un blanco brillante, lo que hacía que descollara aún más contra el matiz de la montaña; el vientre, plateado, estaba separado de aquel por una franja azul cobalto que se extendía desde la nariz hasta la cola; esta, a su vez, mostraba orgullosamente el color rojo naranja característica particular de la aerolínea. Sobre el fuselaje había un letrero formado por caracteres anaranjados que, más que descifrar, adivinamos, seguido de una fila de siete estrellas azules y la palabra VENEZUELA. Bajo sus enormes alas, los cuatro reactores dejaban escapar una delgada estela de humo oscuro.

Al murmullo inicial que delató su presencia siguió un rugido ronco y estruendoso que, a su vez, a medida que la nave se alejaba, devino en silbido de intensidad decreciente. Quedamos mudos, atónitos, pasmados, en una palabra: estupefactos. Por un momento simplemente nos miramos el uno al otro y emocionados, gritamos al unísono: «¡Increíble!».

Nos abrazamos y luego, al voltear hacia la montaña, reparamos en cómo se desvanecía la estela del jet.

Jubilosos, lo buscamos con la mirada. Al encontrarlo, comprobamos que el gigantesco DC8-63, el avión de pasajeros más grande del mundo, «El Coloso», como lo había bautizado VIASA, consumaba sobre el Colegio La Salle el giro que lo llevaría hacia La Carlota.

## UN POEMA DE LA LUNA Y EL SOL



Cada vez que muestro las dos pinturas que penden de la pared principal de la sala, me cuido mucho de referir su verdadero origen y disipar la leyenda que las acompaña. Muy pocas personas conocen acerca del poema que en ellas se encierra, o están al tanto de las circunstancias en que las recibí. Y los que lo saben, se asombran conmigo de la manera cómo sucedió todo.



Por alguna razón que nunca he llegado a comprender, mi ideal siempre había sido ser la mujer de un poeta. Mas, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, el destino me dispuso una vida próspera y tranquila al casarme con un médico que me ama con locura desde el día que, por vez primera, detuvo su mirada sobre mí. Y es que en algún lado estaba escrito que fuese él quien despertara las ternuras de mi ser.

A la sazón nuestros padres, afamados escritores los míos, médicos de renombre los de él, poseían casas contiguas en las montañas que rodean a Ferrara, moradas en las que pernoctábamos casi todos los fines de semana. Aunque teníamos la misma edad, actuábamos de maneras muy diferentes. En aquel entonces era yo una adolescente alegre, espabilada y locuaz, que si bien no había sentido el primer estremecimiento de amor, no lo fue por falta de gracias: redondeces en los sitios adecuados que, a decir de mis odiosos pero adorados primos,

constituían ya una soberbia promesa. Alessandro, por su parte, era un muchacho serio, callado y circunspecto. Poseía unos hermosos ojos claros, los cuales se llenaban de penumbras estrelladas cuando, tras pasar un largo rato conversando bajo los árboles, nos despedíamos hasta el otro día.

Así transcurrieron meses de meses. Hablábamos con la despreocupación propia de la adolescencia mientras, uno al lado del otro, soñábamos con quimeras para el porvenir. En aquellas ocasiones en las que la brisa de la montaña nos acariciaba, Alessandro cubría mis hombros con una manta y se acercaba de manera tal que nuestros hombros se tocaban ligeramente, remedando el tenue contacto de dos almohadas bajo el copete de la cama. ¡Cuántas caricias encantadoras y promesas inocentes debieron percibir las aves del campo, testigos únicos de aquel devaneo encantador! Fue durante una de esas ocasiones cuando finalmente aprecí que me amaba. Mas, de manera a la vez instintiva y consciente, fue algo que nunca saqué a relucir.

En un momento dado, sus padres decidieron enviarlo a Milán a estudiar Medicina y su partida se produjo casi de un día para otro. Aquella tarde estábamos, como de costumbre, juntos bajo los árboles. Cada tronco sustentaba una orquesta de follaje de cuya penumbra emanaba la música solemne de la vida, la melodía siempre nueva de la naturaleza. Fue entonces cuando le oí decir:

—Lucrezia, sueño con estar pronto de nuevo aquí, a tu lado; pero, mientras tanto, ¿me prometes que pensarás en mí? A cambio, yo te daré mi palabra de hacerlo siempre en ti.

Lo miré entonces, sus frases grabadas de manera indeleble en mi corazón. Inmóvil, su contemplación fija en el horizonte me hizo pensar que temía escuchar mi respuesta. Mas no tenía por qué... Percibí que mis ojos se

humedecían e, incapaz de emitir sonido alguno, tomé sus manos entre las mías y asentí con la cabeza.

Pasaron poco más de cuatro años. Según me contaba en sus extensas aunque alejadas cartas, permaneció totalmente entregado a completar su carrera. Durante ese lapso cursé Estudios Liberales en la Universidad de Ferrara y nunca volví a visitar la casa de la montaña. Si bien no me faltaron distracciones, las tentaciones propias de toda ciudad, logré resistirlas. Y es que no había un instante en el cual se apartara de mi mente la imagen de mi adorado. Llegado el momento de su regreso a Ferrara, fui a esperarlo en la estación. En el andén, una vez que hubo bajado del tren, nos abrazamos con genuino arrebató. Dos enamorados apretándose el uno al otro, larga y seductoramente.

Transfigurado, Alessandro era ahora un hombre alto y compacto. Su rostro, encuadrado por pelo negro y rizado, conservaba aquellos ojos claros que tanto me gustaban. Fue, sin embargo, la extraordinaria transformación que percibí en su semblante lo que me extasió. Y es que su expresión parecía haber sido cincelada en granito por un escultor que tuvo la intención de retratar, no la belleza masculina, sino la fuerza bruta y la virilidad. Por otra parte, distinguido en sus modales y simpático por más de una razón, mantenía el ingenio y carácter suave que, desde temprana edad, le habían permitido insinuarse debidamente en el ánimo de todo aquel que le conocía.

Nos casamos casi de inmediato, en una íntima ceremonia matutina. Esa misma tarde viajamos a Verona, donde pasamos nuestra noche de bodas en una habitación llena de flores y con hermosa vista a la casa de los Capuletos, el hogar de Julieta.

No habían transcurrido más de unos pocos días desde nuestro regreso a Ferrara, cuando nos percatamos de la verdadera dimensión de sus responsabilidades. Estas requerían largas horas de permanencia en el hospital,

demandaban exiguos períodos de sueño y permitían una mísera cuota de tiempo libre. Es así como, por necesidad, nuestras vidas se vieron constreñidas, tanto en la social como en lo conyugal. Apenas salíamos y, si bien ocasionalmente recibíamos amigos en el apartamento, casi siempre se trataba de colegas del hospital acompañados de sus parejas.

Sin embargo, debo admitir que a pesar de su agotadora y cuasi permanente actividad profesional, Alessandro me hacía objeto de su más minuciosa atención. Nunca me faltaron galanteos ni caricias; palabras que me hacían bullir la sangre y latir el corazón con ritmo inusual; repentinos besos que, regalados sin razón alguna, encarnaban promesas sin voz e intensas, aunque espaciadas, noches de febril y erótica intimidad. En ocasiones solía contemplarme de arriba abajo, fascinado por mi figura, sus ojos ya no calmados sino plenos de chisporroteos de fuego. Me desvestía entonces con la mirada y cuando, con una mezcla de fruición, pudor y deseo le reclamaba su desvergüenza, solía ripostar, riendo:

—Admito que aquella promesa de «redondeces» que, siendo muchachos, escuchábamos por boca de tus primos, se convirtió en una realidad gloriosa.

Ocupaba también algunos de los anhelados momentos de descanso blandiendo un pincel, aparejo con el cual expresaba sus sentimientos sobre el lienzo mediante líneas, formas y colores. Entre tanto, yo abatía mi vieja ilusión diciéndome: tengo un marido que, además de médico, es pintor, y los pintores plasman en sus lienzos las glorias que cantan los poetas.

Si bien sosegadas las pasiones de mi ánimo, convendrán ustedes en que para mi corazón ávido de ideales y deseo, a veces aquello no era suficiente. Fue entonces cuando me percaté de que habíamos superado ya la fase romántica del matrimonio y entrado de

lleno, tal vez un tanto tempranamente, en aquella de la «lucha por el poder».

Así viví por largo tiempo cautiva entre las cuatro paredes del atelier conyugal, inocente cual violeta que oculta su corola entre el follaje y, aunque incapaz de deslumbrar al observador tal y como lo hace la rosa, no por ello deja de comunicar sus aspiraciones de habitar jardines desconocidos y recibir las caricias de un sol fuerte y caliente. Al final, me reía de mis propias metáforas: la engreída rosa y la violeta lujuriosa, ¿quién lo hubiera pensado?

Solía disfrutar al máximo los espacios existentes en las composiciones poéticas, ya que desde siempre leí muchos versos y me gustaba fantasear. Alessandro, por su parte, esquivaba la poesía y no iba más allá de componer aforismos médicos, escritos en los que solía hacer gala de brevedad y síntesis para expresar una verdad, una idea o un consejo.

A veces en mi obcecación devoraba hasta los poemas más insulsos, con tal de que en ellos encontrara rimas de amor y de pasión, el núcleo de algún ardoroso discurso que calmara las honduras de mi inconsciente. Mas, y ello sucedía cada vez con mayor frecuencia, aquellas rimas maltrataban mi temple y envenenaban mis horas de alegría. Cerraba entonces el libro y pasaba las horas muertas soñando despierta y musitando, «¿Tal vez era ese el marido que yo necesitaba!».

Probablemente todo aquello se habría quedado en el estado de las vagas aspiraciones si no fuese porque, una noche cualquiera, me topé con el irresistible Tomasso.

Era Tomasso un poeta de salón, de aquellos que aprovechan la avanzada hora de cualquier festejo nocturno para narrar su enajenación del ánimo y éxtasis de amor. Alto y delgado, se desplazaba de un lado a otro con movimientos rápidos y seguros, tal y como un atleta. Aunque su pelo se había manchado ya de gris, pensé que no

tendría más de cuarenta años. Los pantalones planchados, el cinturón del tono correcto, la camisa inmaculada, la chaqueta tal vez un poco grande, particularmente en los hombros. Su frente estaba adornada con numerosos pliegues; la nariz respingada; la boca, pequeña, de labios finos y manifiestamente adornada por un puntiagudo bigote al estilo de Salvador Dalí. Era uno de aquellos juglares en quienes se podía adivinar cuan desordenada era su inspiración con tan sólo detallar el nudo de la corbata, hecho tan descuidadamente que estaba perennemente suelto.

Sin ser joven ni apuesto, de hecho, distaba mucho de ser bien parecido, tenía sin embargo un carisma palpable. Eran incuestionables sus éxitos cuando, con voz estridente, recitaba una larga tirada de versos los cuales invariablemente concluía enunciando «¡Yo creo en el amor tal y como creo en Dios!».

Encendida por tan conmovedora declamación, y a pesar de que su actitud me hacía sospechar que tanto el Creador como todos nosotros le teníamos sin cuidado, su mirada me llenaba de turbación. Y es que, a veces, las mujeres nos dejamos impresionar fácilmente por la eufonía. Así es que Tomasso recitaba sus estrofas una y otra vez, seguro de ver a su alrededor un cúmulo de bocas sonrosadas ansiosas de tragar el anzuelo del sentimiento. En esas ocasiones todo se volvía nada. ¡Cuán seductor era escuchar a un poeta que, portando un bigote tan bonito, creía en el amor tal y como lo hacía en Dios!

Poco tiempo después, una de esas noches en las que llegaba muy tarde, Alessandro me encontró sentada en el sofá de la sala, abstraída, perdida en las opacidades de mi memoria. Sin mediar palabra entró a su estudio, extrajo un cuadro que yo no había visto aún y me lo mostró. Grande, mas no inmenso, el motivo era una llamativa y curiosa representación de la luna llena.

Si bien alabé la exquisitez de la pintura, el dibujo era tan atrayente que indagué acerca del estímulo que lo había llevado a ejecutarlo. Sin contestarme, dejó el lienzo a un lado y me condujo lentamente hacia el balcón del apartamento, su mano sobre la porción más baja de mi espalda. La noche no podía haber sido más benévola: la Luna bañaba con su esplendor las opacas lontananzas del espacio, tocaba las laderas serpenteadas de las montañas y reflejaba su pálida claridad sobre Ferrara, haciendo brillar las aguas del río. Sorprendida, noté como, si bien los gélidos rayos iluminaban mis ilusiones, también se reflejaron tristemente en mis lágrimas, acentuando en mi alma sombras que no pude disipar. Superada por una extraña ansiedad me sentí aprehensiva y perdida, cual ánima en pena a la búsqueda de fantasías imposibles de alcanzar.

—Tengo frío, entremos —dije a Alessandro, quien, diligente, me complació.

\*

Transcurrieron varias semanas antes de que fuésemos invitados a una nueva velada que, como era de esperarse, disfrutamos en medio de alegre conversación. Hubo un momento en el cual, como era costumbre, los hombres, clínicos casi todos, se levantaron a deliberar sobre —¿qué más?— temas afines a su desempeño profesional. No habrían transcurrido sino unos minutos cuando, tal y como si hubiera escuchado una señal inaudible, apareció Tomasso, quien comenzó a vagar de mesa en mesa declamando a voz en cuello sus poemas de amor.

Una vez llegado a la mía, en la que tal vez se detuvo un tanto más, procedió a recitar un poema del cual reclamó la autoría. A través de la poesía expresó su convencimiento de que el amor, tal y como lo hace el Sol, sale todos

los días y es necesario reflejarse y bañarse en él. Sostuvo que amaba no a una, sino a todas las mujeres, sobre todo si eran agraciadas y voluptuosas, sentimiento a cambio del cual sólo pedía que vibraran entre sus brazos. Enunció su certidumbre de que el amor unipersonal equivalía a una prisión abominable y, para terminar, destacó su creencia en que lo que el mundo define como estado de virtud, no es otra cosa que la negación, en nombre de la moralidad, de los deseos materiales que todos abrigamos, tal y como lo son el hambre, el sueño y el sexo. Expresó que, a la que conocemos como «pecado» conducía a un pensamiento perenne de culpabilidad que sentimos, pero escondemos, la mayoría de nosotros.

Se dirigió hacia mí, y como si no hubiese nadie más alrededor, extendió la mano en mi dirección y me acarició la mejilla, murmurando, «eres muy guapa». Acremente aparté su mano. Mas él, riéndose de mi enfado, enunció:

—Soy incapaz de percibir qué es lo que ves en él.

Por supuesto «él», Alessandro, se encontraba en otro salón con sus colegas. Así que me encontraba yo en mi mesa sin su compañía y junto con otras mujeres —amigas de mi entera confianza—, situación que el poeta aprovechó para actuar con absoluto descaro.

Antes de que me hubiese dado cuenta, extendió la mano de nuevo, pero esta vez no hacia mi mejilla, sino hacia mis labios, teñidos aún de grana como estaban por el vino dulce. Mas, esta vez no lo detuve. Con la punta de su dedo índice retiró una pequeña escarcha que había en ellos. Luego, mirándome fijamente, se llevó el dedo a la boca y lo puso entre sus labios hasta que quedó sin mancha. A la vez desagradada y exitada por aquel gesto, me di cuenta de que aquel hombre haría lo que fuese por mí.

No pude resistir, después de presenciar su desempeño quedé subyugada. Advirtiendo el cambio de ánimo, mis amigas trataron de disuadir aquel pensamiento tonto

que, convencidas estaban, me haría esclava de un ser que me arrojaría más tarde al desengaño, haciendo burla de mí y arrancándome las lágrimas más amargas.

Mas no les hice caso, antes bien preferí pensar que me querían mal, habida cuenta de que Tomasso no las buscaba ni obsequiaba con la distinción tan personal que me brindaba.

Y es que, a lo largo de la noche, el poeta había conseguido persuadirme de que no había impropiedad en las leyes de la naturaleza, ni tampoco incongruencias en las sorpresas que ésta prepara a fin de dominar nuestra desdichada voluntad. De manera que, aunque todavía había en el fondo de mi melancólica naturaleza orgullo y honradez, consciente de que nunca me había pasado por la mente cometer una falta tan mezquina, acepté el «Creo en el amor como en Dios» como mi verdad. Fue entonces cuando escapé de la celebración a través del jardín y me eché en sus brazos.

—No puedo vivir más con ese hombre —le dije—. Llévame contigo.

Y es que, en tales casos, al marido se le llama siempre «ese hombre», aunque sea médico de profesión y pintor por afición.

Percibí que Tomasso pasó por un momento de estupor e imaginé que se preguntaba cómo una mujer como yo no sólo había tomado en serio aquellos poemas de amor, sino que los seguía al pie de la letra. Mas, casi de inmediato, su atención se volvió hacia mí, y deslizando suavemente sus manos por cada lado de mi cuello, acunó mi cara entre ellas.

—¿Qué haces? —murmuré tontamente una vez que comenzó a acariciar mis labios con su pulgar.

—Sé que a nuestro anfitrión le gusta celebrar la llegada de la medianoche lanzando fuegos artificiales —contestó—. Me pregunto si debemos recrearnos en ellos.

—Falta al menos media hora para que sea medianoche —riposté, sabiendo muy bien que estaba a punto de besarme.

—Tengo un presentimiento —musitó—. Creo que el espectáculo va a comenzar ya.

Y así fue: su boca tocó mis labios en un beso que, suave y seductor, inflamó mi cuerpo entero. Lenta pero deliberadamente, sus manos se movieron en direcciones opuestas; una descendió a lo largo de mi espalda, apretándome contra sí, mientras la otra sujetaba mi cabeza. De tal manera pudo abrir su boca sobre la mía, y su lengua comenzó a desplazarse acompasadamente sobre mis labios pidiendo, más bien ordenando, que se abrieran. Cuando inevitablemente lo hicieron, entró sin tardanza, haciendo estallar el fuego aprisionado de aquella unión erótica y personal. Ello me hizo caer en cuenta de que nadie me había besado antes con aquella pausada minuciosidad.

Así que me dejé llevar, tal y como Eurídice por Orfeo, aunque en mi caso este último carecía de lira y mi pie no había sido mordisqueado por serpiente alguna.

Una vez en su apartamento, me preguntó:

—¿Crees en el destino?

—A veces —repliqué—. ¿Y tú?

—Soy de Ferrara, la Italia del norte. Mi estirpe inventó el tarot. Estoy convencido de que los hados me brindan la oportunidad de rescatarte de ese matrimonio absurdo destarrando a tu marido de la mente. Y eso es lo que pienso hacer.

—Pareces muy seguro de ti mismo —expresé, con aquella expresión dubitativa que había cautivado, sin esperanza alguna, a mis condiscípulos en la universidad.

—Lo estoy.

—¿Y cómo pretendes lograr semejante objetivo? —comenté con tono irónico.

—Me acostaré contigo esta noche y te amaré como nadie lo ha hecho. Después dejaré que seas tú quien contraste el uno con el otro.

Desprevenida, aquel razonamiento resquebrajó mi fanfarronada. Mas, no porque dudara de las capacidades de Tomasso, sino porque Alessandro era un maravilloso amante, siempre y cuando dispusiese del tiempo necesario.

Para mi vergüenza, Tomasso no sólo adivinó lo que pensaba, sino que preguntó, burlona su expresión y con un dejo de asombro en su rostro:

—¿De verdad que lo hace tan bien? No lo puedo creer...

—¡Es absurdo que estemos conversando de un tema como este! —protesté.

Pero, a sabiendas de que me había llevado al punto que deseaba, puso su brazo alrededor de mis hombros y me condujo al dormitorio mientras decía:

—¡Vamos, muévete, llegó la hora de comparar!

Debo decir que los primeros días fueron deliciosos. Temíamos la persecución de Alessandro, de manera que nos ocultamos con nombres supuestos, cambiamos de alojamiento y vivimos en los lugares más inverosímiles de la Emilia-Romaña. Al anochecer salíamos furtivamente, dábamos paseos sentimentales y, al llegar a casa, nos acostábamos. ¡Oh, poder del enamoramiento! Cuanto más miedo tenía, cuantas más precauciones eran necesarias, más balcones cerrados y más cortinas corridas, más grande me parecía mi poeta. Por las noches solía abrir la ventana de la habitación y le hacía recitar sus versos mientras contemplaba las estrellas. ¡Y todo me parecía de lo más natural! Mas aquello no duró mucho.

Y es que, por increíble que parezca, mi marido nos dejó en paz. Debí haberlo anticipado, ya que siempre pensé que, además de médico, Alessandro era filósofo. Segura estaba de que al darse cuenta de mi marcha

habría incrementado, si aquello fuese posible, sus horas de trabajo. No dudaba de que, en las ocasiones en que podía permanecer en casa, cerraba la puerta de su oasis y coloreaba cuadro tras cuadro, convencido de que las pinturas no podrían marcharse de la manera que yo lo hice, al menos no con facilidad. Mientras tanto Tomasso y yo, apasionados y más tranquilos, decidimos volver a la ciudad.

Mas sucedió que, de un día para otro, pareció que se habían llevado a mi poeta y lo habían sustituido por un hombre diferente. La fuga a través del jardín, el temor a ser descubiertos, las perpetuas alarmas, el donaire triunfal de quien está enamorado, todas aquellas cosas que habían mantenido vivo mi brío ya no existían. Además, el pequeño espacio que habitábamos hacía evidentes, a cada instante, mil pormenores ingénitos a la vida íntima. El individuo con el que vivía se había dado a conocer mejor: era mezquino, egoísta, prepotente y desaseado; esto último algo que el amor no perdona. Mi devoción, antes todo corazón, era ahora congoja, desesperación de vivir un martirio continuo, un pesar inconsolable en el que me extinguía velozmente.

Y es que lo poco que en Tomasso quedaba de aquellos sentimientos generosos, heroicos o delicados que una vez me cautivaron, lo había desleído de sus versos sin haber guardado nada para mi consumo particular. Por otra parte, se había afeitado el bigote y el disfraz resultante le quedaba muy mal. ¡Qué diferencia con el sedoso y puntiagudo bigote que se me había aparecido una noche, recitando sus odas a media luz! Es más, ahora, en el forzoso retiro del que me inculpaba, se encolerizaba contra aquello que calificaba como mi irracional pretensión al monopolio de su vida.

Encerrada en aquel ahogado ambiente en el que el poeta se entregaba a toda clase de fantasías, no dejaba

yo de pensar en mi confortable atelier y el amable médico pintor, a quien imaginaba ora atendiendo a sus enfermos, ora rodeado de atriles y lienzos, oloroso a trementina y hasta escribiendo aforismos. Lo recordaba tan sencillo, desinteresado y amoroso, como severo, egoísta y exigente consideraba ahora al otro.

Me di cuenta entonces del formidable yerro que había consumado. Realmente estaba enamorada de Alessandro y lo amaba, no por un afecto impuesto por la costumbre o la ley, sino con indiscutible ardor. Me preguntaba por qué hice lo que hice. ¿Me sentiría de nuevo agobiada si acaso fuera necesario volver a vivir los años que había compartido con Alessandro, con cada una de sus alegrías y amarguras, sus oleadas de emoción y tardes de aburrimiento y hasta el fin de los siglos? ¿Me abatiría hacerlo? ¿O me agradaría? Comprendí que la decisión que tomara en ese momento tendría impacto trascendental en cómo viviría mi vida de allí en adelante.

Escribí entonces a Alessandro una desenvuelta carta en la que le manifesté mi febril arrepentimiento. Pasaron varios días sin que hubiese recibido respuesta alguna y, conociéndolo, pensé que tal vez sentía que no había escarmentado lo suficiente, de manera que comencé a enviar cartas y más cartas. Día tras día me humillé, supliqué que me dejase volver al hogar del cual había renegado y deploré haber cometido el ultraje a su confianza que estaba implícito en mi infidelidad. Por último, afirmé que prefería morirme a vivir con ese hombre. Ahora le tocaba al amante ser «ese hombre».

Mas, se preguntarán ustedes, ¿cómo me sentí cuando llegó el momento?

Fue durante una mañana en la que, poco antes del mediodía, salí con la intención de caminar hasta el parque cercano y sentarme a escribir otra carta. Al pasar por delante de la galería de arte de la esquina, advertí

en su vidriera algo que hizo que me detuviera y volteara hacia ella.

Mi sorpresa fue inmensa cuando, al detallar el objeto de mi interés, tropecé con una imagen conocida, la cual trajo a mi mente aquella pintura de la Luna que Alessandro me había enseñado semanas atrás. Esta obra, bastante parecida a la anterior y sin duda pintada por el mismo autor, retrataba al Sol en todo su esplendor. Instintivamente miré hacia arriba. El «globo de fuego», tal y como lo describió Antonio Machado, estaba en el cénit y brillaba intensamente sobre mí. Llena de esplendor y vitalidad, desaparecida como por encanto mi mansedumbre, me sentí segura de mí misma y quise convencerme de que, tal vez, había conseguido el perdón de mi marido y éste consentiría en que volviese a vivir con él. Discerní una figura en el reflejo del cristal y ello me hizo voltear hacia atrás. Fue entonces cuando noté su presencia. Vacilante, caminé los pocos metros que me separaban de Alessandro, mientras él me seguía con la mirada.

Una vez estuvimos uno frente al otro nuestros ojos se miraron larga, honda y exasperadamente, mientras repasamos en un instante la emoción y el ímpetu de toda nuestra vida juntos. Dando palabra y gesto al drama, Alessandro abrió sus brazos, avanzó hacia mí y me dijo:

—Es mi culpa: me di cuenta de que no te quise como esperabas. Quizás no te traté todo lo bien que hubiese podido; mas, sobre todo, no te dije, no hice, aquello que debí haber dicho y hecho. ¿Te quiero más que nunca!

—¿Y yo a ti! —repliqué, mientras nos abrazamos y besamos con apasionamiento.

\*

Al día siguiente, al levantarme, me di cuenta de que los dos cuadros, hermosamente enmarcados, pendían

lado a lado en la amplia pared del salón. Uno, la representación alegórica de la Luna llena que, en medio del cielo nocturno, brillaba sobre una pequeña ciudad que bien podría ser Ferrara; el otro mostraba al Sol, esplendoroso en medio del cielo claro, iluminando el paisaje de las montañas que la rodean.

Esa es la historia de cómo, habiendo regresado a nuestro atelier, deseché para siempre la ambición de ser la mujer de un poeta. Aunque, a decir verdad, hubiera podido escoger uno mejor...

\*

No obstante, cada vez que enseño aquellos objetos a familiares o amigos, si bien recuerdo con lucidez tanto el poema de mi primer amor como de aquellos vetustos arrobamientos, me cuido bien de esfumar la misteriosa leyenda del desliz al que estos últimos condujeron. Ahora bien, reconozco que en ellos se refleja parte de mi pasado y, a veces, en muy contadas ocasiones, me provoca volver a disfrutar del aroma que emanaba de aquel antiguo efluvio. Ello, por supuesto, nunca me ha impedido dar los besos más intensos a Alessandro, sobre todo cuando me mira con ojos llenos de chisporroteos de fuego, o de penumbras estrelladas.



MARÍA ALECIA IZTURRIAGA





## TODO A SU TIEMPO



Debo haber pasado unos diez minutos dentro del carro frente a la peluquería, pero parecía una eternidad. Estaba tomando fuerza antes de entrar. Yo nunca había sido cliente asidua de ningún salón de belleza porque no soportaba el ruido constante de los secadores, ni perder tiempo, ni tener que hablar con desconocidos. Por eso prefería que el estilista viniera a mi casa. Pero ese día estaba decidida a mirar frente a frente a Ana, la mujer con la que supuestamente estaba saliendo Daniel. No me cabía en la cabeza que mi marido me fuera infiel y menos con una peluquera. No tenía cita, pero podía esperar. Hasta un lavado sería suficiente para mi propósito.

Me senté en un sofá, respiré profundo y me repetí a mí misma que no iba a armar un escándalo. Sólo iba a ver, a tratar de entender quién era mi rival antes de armar la estrategia. Porque primero muerta que rebajarme a pelear con otra, y menos en público. Por fuera yo me mantenía digna. Quería venganza, pero tenía que pensar muy bien cómo lo iba a enfrentar. Debía tener pruebas contundentes y, sobre todo, un buen plan para hacerle pagar la traición.

Con una revista *Hola* del año pasado abierta de par en par, observaba disimuladamente el lugar. Trataba de escuchar las conversaciones de los otros por si la nombraban. En el fondo una clienta se reía a carcajadas de los chismes que le contaba la que le teñía las canas. A su izquierda, otra trataba de decidir qué hacerse esta vez. La misma señora que barría el piso, cambiaba además las toallas, servía café,

agua o vino en vasitos desechables; hasta subió el volumen de la música cuando unas de las muchachas, despechada, comenzó a escuchar una canción que la acompañaba en su sentimiento. Pensaba en lo patética que se veía ventilando la infidelidad de su novio en público. No niego que yo misma las miraba una a una tratando de adivinar cuál era Ana y me imaginaba agarrando a la roba marido por los pelos, arrastrándola por el piso. Pero no, esos papelones no son para una mujer como yo.

—Ana, ¿te falta mucho? Mira que ya la próxima está por llegar —preguntó la joven recepcionista a la manicurista.

—¿Ah no, a mí no me apures! ¿No ves que estoy haciendo unas manos que parecen unos pies?

Me quedé perpleja al escuchar eso. Esto ya era demasiado. No sólo me montaban cachos con una peluquera, sino que era ordinaria como ella sola. Me preguntaba qué le podía haber atraído a Daniel de ella.

Ya estaba a punto de salir corriendo, cuando apareció una mujer alta, delgada, con unos pechos muy bien hechos, tongoneando las caderas.

—Hola querida, mi nombre es Ana y hoy voy a atenderte como una reina.

Por un segundo sentí alivio de saber que había otra Ana. Un poco cursi, pero más refinada. «Lo de querida está demás», me provocó decirle, pero de nuevo callé y la miré de arriba a abajo.

La mujer me llevó a un rincón donde estaban los lavacabezas. En el camino pidió a la señora que cambiaran la música y le bajara el volumen. Me ofreció un prosecco para que me relajara porque me veía muy tensa. Me sugirió que me sacara las sandalias y pusiera los pies en el masajeador antes de comenzar a trabajar.

El agua tibia que corría por la cabeza se iba llevando mis preocupaciones por el desagüe. Las manos firmes

de Ana me masajearon y presionaba en los puntos exactos para aflojarme todos los músculos. «Ay, si así masajea mi cabeza, lo que le hará a Daniel», pensé y de repente me di cuenta de que me estaba excitando. El olor del champú me transportó y me entregué por completo, tanto, que hasta se me salieron unas lágrimas. Hacía mucho tiempo que no me sentía realmente mimada de esa manera.

—Suelta todo, querida. Nada ni nadie merece que estés así. Regálate esta tarde —me dijo con una mezcla de dulzura y complicidad.

Mientras me desenredaba el cabello con delicadeza, me sirvió otro prosecco y comenzamos a conversar. Ana me recomendó un nuevo corte para resaltar mis facciones, me dio un masaje en hombros y cuello y prendió el aromatizador con aceite de lavanda. Luego me frotó un extracto de mandarina para que terminara de aflojar eso que tanto me apretaba el pecho y comenzó a cortar.

Me preguntó sobre mi vida, mis gustos y mi trabajo. Hablamos sobre la clienta despechada, intercambiamos teorías sobre la mejor venganza y hasta analizamos por qué le echamos la culpa a la otra. Terminamos riéndonos juntas como si nos conociéramos de toda la vida.

—La mayoría de la gente cree que la peluquería es algo frívolo. Pero con los años me di cuenta de que uno necesita sentirse bien, quererse, admirarse para poder enfrentarse a todo lo que uno le toca como mujer, ¿no crees? —me soltó de repente, como respondiendo a una pregunta que no le había hecho.

Al final, me miré al espejo y me vi hermosa, radiante, como nueva. Sentía que me había quitado un peso de encima y la sonrisa no me cabía en la cara.

—A que no te acordabas de lo bella que eres —me dijo mientras daba vueltas a la silla para que me viera desde diferentes ángulos.

Nos despedimos con un beso, cerca de la comisura de los labios y le di en su mano una buena propina en efectivo. Antes de salir recordé el motivo que me llevó a la peluquería, pero me vi de nuevo en el espejo y pensé: «La venganza puede esperar».

Pedí la siguiente cita.

## QUIÉN LO DIRÍA, DON JACINTO



Las hermanas Campos estaban sentadas por orden de edad al lado del féretro de su padre. Llevaban horas recibiendo a todas las personas del pueblo que venían a presentar sus respetos a la familia del difunto, por lo que cada vez lloraban menos. Ya ni se paraban para recibir el abrazo de consuelo, apenas hacían un gesto desde sus sillas.

Martina, la mayor de las hermanas, se había hecho cargo de todos los trámites: funeraria, registro, cementerio; mientras Mariela y Maite lo habían hecho de los anuncios y la atención a los familiares, amigos y personalidades que vendrían al velorio. Querían que todo quedara impecable. Después de todo, Don Jacinto era un hombre reconocido y apreciado por la sociedad bellavisteña. Era uno de los pocos médicos que regresó a su pueblo a ejercer, en vez de quedarse en la capital una vez finalizada la carrera. Ahora que Bella Vista comenzaba a dejar atrás sus aires de pueblucho olvidado, el incipiente círculo social alrededor de la cual crecía una pequeña ciudad tenía a los Campos como protagonistas.

Con una sonrisa forzada y apenas levantando la mano, saludaron de lejos Magdalena, la ahijada de su padre que vivía en Los Arroyos, una hacienda que tenían en el pueblo del mismo nombre a unos cuarenta y cinco kilómetros de Bella Vista.

Magdalena era hija de Asunción, la criada de la hacienda. Se conocían desde pequeñas, pero nunca se cayeron bien a pesar de que eran contemporáneas. Las tres hermanas eran muy unidas y no la invitaban a jugar, y a

Magdalena tampoco le interesaba compartir con ellas. Las veía como invasoras cuando iban a pasar allá los fines de semana o las vacaciones. De hecho, no se habían vuelto a ver desde que murió doña Elena, la madre de las Campos.

Después de que Don Jacinto enviudó, comenzó a viajar solo y a veces se quedaba hasta una semana en la hacienda. Las hermanas lo preferían así. Adolescentes al fin, esos paseos les resultaban fastidiosos, por lo que escogían quedarse en el club con otras jóvenes de su edad y de su condición social. Y ya convertidas en jóvenes adultas, una semana sin tener que ocuparse de su padre era una bendición. Además, Los Arroyos les traía malos recuerdos. Fue allí donde murió doña Elena de un infarto fulminante un día que fue a visitar a su marido que para entonces se encontraba en la hacienda atendiendo pacientes.

Magdalena llegó con el cabello recogido y luciendo un vestido negro que la hacía ver diferente a lo que ellas recordaban de la muchacha. Se asomó al ataúd con sigilo, acarició el vidrio que la separaba del rostro de Don Jacinto y unas lágrimas comenzaron a rodarle tímidamente por la mejilla. De repente se dio cuenta de que unas señoras la veían con curiosidad, entonces se secó las lágrimas con la manga del suéter y se sentó en una esquina.

Las Campos también repararon en la reacción de Magdalena y la miraron con cierta compasión. Después de todo, Don Jacinto la había visto crecer y según contaban las lenguas sueltas del pueblo, era la única figura paterna que conocía, ya que el marido de Asunción era un desconocido que un día pasó por el pueblo y dejó su huella. Del padre de Jotica, el otro hijo de Asunción, ni eso se decía.

Mientras comenzaban los preparativos para la llegada del cura que haría el rezo final antes de salir al cementerio, Magdalena rompió en llanto de nuevo, pero esta vez no era tan sutil.

—¿Pero qué le pasa a esa ridícula?, ¿no les parece que se está pasando? Lloro como una Magdalena —comentó Maite.

Las hermanas casi explotan en una carcajada, pero se contuvieron. ¿Qué iba a pensar todo ese gentío si las veía a ellas muertas de la risa y a la hija de la criada a moco tendido? El llanto de Magdalena se fue haciendo cada vez más fuerte, desgarrador, con gemidos y lamentos.

Martina no pudo contener las risas y se abrazó a sus hermanas para disimular.

—Ah pues, lo que nos faltaba, un concurso a ver quién llora más —dijo Mariela en voz baja

—No, chica, es que no aguanto las risas con la estúpida esta, pero me da pena que me vean.

—Sinceramente, la mujercita se pasa. Está bien que mi papá le pagara el colegio y la tratara bien, pero ya está pues.

—Por cierto, llora igualito que tú, Maite —dijo Martina.

—Y camina igualito que tú, pendeja —le contestó con sarcasmo.

—Y tiene el mismo lunar que yo —agregó Mariela. En ese momento las Campos sintieron que les caía un balde de agua encima. Miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que había más miradas condescendientes que de asombro. Lo que nunca se habían preguntado ahora resultaba tan obvio que apuñalaba. Se notaba que acababan de escuchar el secreto a voces que durante años corría entre El Arroyo y Bella Vista. Las caras desencajadas de las hermanas ya no eran de dolor por la muerte del patriarca, sino más bien por la vergüenza de ser víctimas de una traición que ahora era tan clara que no entendían como nunca se les ocurrió.

Sin poder armar un escándalo en ese momento, las Campos se acercaron a Magdalena y le pidieron que se

fuera del lugar. Pero la joven por primera vez y con todo el rencor contenido por años se los restregó en la cara:

—Yo tengo tanto derecho como ustedes a llorar a mi padre.

En ese instante, llegó Asunción a la funeraria, vestida de negro de pie a cabeza, flanqueada por su Jotica Junior y un grupo de allegados del pueblo.

Antes de que las hermanas pudieran decir algo a Asunción, Jota se les plantó delante con sus casi dos metros de alto:

—A mi madre le permiten entrar y llorar a su muerto o armo un escándalo. Nosotros no tenemos nada que perder. Las niñas de sociedad son ustedes y a nosotros nos tiene sin cuidado lo que piensen los demás.

Las Campos se tragaron las ganas de sacar a Magdalena a patadas de la funeraria y se dedicaron a recibir al cura disimulando la humillación. El dolor lleno de melancolía y de recuerdos dulces que hasta hacía muy poco sentían por el fallecimiento de su padre, se había vuelto amargo y cruel. Ahora el recuerdo de la repentina muerte de Doña Elena les desgarraba el corazón y hasta el ridículo nombre de Jotica Junior que tanta gracia les causaba, cobraba sentido.

Finalizado el rezo, Asunción se levantó de su puesto. Ya no parecía una criada, ahora caminaba por el pasillo con un halo de reina viuda.

Las tres hermanas se acercaron tratando de apurarlos hacia la salida, como quien arrea al ganado.

—¡Tranquilas, aquí no ha pasado nada! Sigán con sus vidas que ya nos regresamos a nuestro pueblo —contestó desafiante el joven—. Eso sí, la hacienda es nuestra.

A large, light gray, stylized number '5' is positioned in the background, centered vertically and horizontally. It has a thick, flowing, calligraphic appearance with a slight shadow effect.

MARÍA GABRIELA BRAZÓN



© 2004 Jazif

## EL DIABLO LUIS



*Para Nancita, mi nana querida*

Mi mamá vendía empanadas en el centro. Salía muy temprano con su cava de anime llena del aroma de la felicidad que, para mis tiernos sentidos, era esa masa frita con bastante aceite, rellena de queso, de cazón, de pollo mechado y a veces de las «especiales» pepitonas. Porque las empanadas que hacía mami eran muy sabrosas. Por eso se vendían bien rápido.

Era martes de carnaval y yo cumplía siete años. La noche anterior, papi le había expresado a mis hermanos, con su voz ronca y mandona, que al día siguiente me tocaba a mí –sí, señor– acompañar a mami en la venta. Para lo que algunos o la mayoría podía ser un fastidio, para mí era increíble. Porque siempre era un gusto salir a la calle con mami y acompañarla en la venta. Pero además esta vez se sumaba el carnaval. Es decir, la celebración de mi cumple consistía en pasearme con mi disfraz novedoso por calle Juncal de la mano de mami, mientras ella afanosa vendía sus empanadas y se peleaba con el que osara a meter la mano en la cava para robarle la mercancía

La calle Juncal era un punto caliente. Vía principal del recorrido de las carrozas, era el sitio de reunión de toda la fiesta carnavalesca en Carúpano. Mami, de brazos fuertes y venosos –con los que cargaba su cava–, de verbo fluido y voluntad, se había ganado la posición como empanadera en dicha calle. No iba a venir ningún pendejo a quitarle su lavativa, carajo. Bastante que le había costado, decía.

Mi disfraz de pera había sido inventado por mi hermano mayor, y consistía en un traje verde que con precisión y cariño me había hecho mi tía costurera, y en unos globos de aire que iban metidos dentro. Así, aquel día, con mi disfraz ya puesta, salí de la mano de mami, tratando de caminar:

—Derechito, carajita. Camina derechita y apúrate que no quiero que el Maikel me gane la plaza.

Yo, como pude y bajo la poca movilidad que me daban los globos que tenía a los lados, me apresuré.

La calle Juncal era un bululú de gente. Las personas se apilaban en las aceras, en las puertas de las casas y locales. Y cuando desfilaba cada carroza, se amuñuñaban en el centro. Mami se destacaba vociferando:

—Hay de pollo, de queso, de cazóooooon. Lleve también la especialidad de la casa: ¡pepitonas! ¡Que hoy sí tenemos pepitooooonas!

Así se nos fue la mañana. Yo, feliz con mi disfraz, pues me había acostumbrado a ese aletargado movimiento que sentía al caminar con esas bombas a los lados. Y aunque hacía calor y el traje verde se me pegaba al cuerpo, yo disfrutaba viendo los variados disfraces, las comparsas, las carrozas de cada colegio.

Cada vez que la acompañaba, mami me daba unas monedas y yo me iba dando saltos al puesto donde Migdalys vendía raspados. Esa vez, como era mi cumpleaños, con más razón obtuve mis monedas. Migdalys sabía que mis preferidos eran los de Kolita con leche, así que apenas me vio yendo hacia ella, ya empezó a preparar aquella delicia.

—«Con bastante leche condensada, por favor»— dijo ya cuando estuve frente a ella, repitiendo lo que yo siempre decía y entregándome de una vez el raspado.

Ya me disponía a disfrutar del azucarado manjar, cuando la escuché decir:

—Allá viene el Diablo Luis —y luego—: Apúrate, mijita, que la gente ya va a empezar a empujar para hacerle espacio. Anda con tu mai, no te vayas a perder.

Yo corrí como pude, dejándome llevar por ese mar de gente que ya se empezaba a amontonar. Escuché a los lejos el repicar de unos tambores. La gente corría para ponerse en el mejor lugar, haciendo un círculo gigante. Yo, un tanto atemorizada por el apretujamiento que comenzaba, no veía la hora de agarrarle la mano a mami. Fui poco a poco metiéndome entre la gente, buscando la silueta de mami con su cava, en la distancia.

Como era de esperarse, quedé aprisionada por ese gentío que se apartó hacia los lados de la calle. Yo, con mi traje de pera y esos benditos globos pegados que no me dejaban hacer mucho. El repique era cada vez más intenso. Alcé mi cabeza y vi lo estaba pasando: por el centro de la calle venía un hombre muy alto y semi desnudo, todo pintado de negro, brillante, enmarcado por unas inmensas alas de cartón del mismo color. Con un traje de baño ceñido también de color negro y una cola larga que terminaba en flecha, aquel señor danzaba descalzo. Su boca estaba pintada de un rojo intenso, al igual que el casco que llevaba en la cabeza y del cual salían unos cachos gigantes. Una argolla plateada colgaba de los orificios de la nariz.

La gente aplaudía con el ritmo del tambor, y decía:  
—¡Ay, el diablo Luis!

Cuando logré colarme para ver el espectáculo, me encontré con un niño harapiento acostado en el asfalto, con los ojos cerrados. Unos ojos verdes intensos me miraron. Yo apreté los párpados. Se hizo la noche. Afuera seguía el mundo, y su ruido.

Tacatacatataca...

Por supuesto, volví a abrir los ojos.

Vi entonces varios como el diablo Luis, también semi desnudos y con sus alas de cartón. Pero él destacaba

por la negrura y ese casco rojo. Los otros eran demonios que bailaban alrededor del cuerpo del niño tirado en la calle, como esperando que el diablo Luis llegara. Yo me debatía en mantener los ojos abiertos o no. La música latía fuerte. El repicar ensanchaba el espacio. Mi respiración entrecortada se acompasaba con el tambor.

Cuando mi voluntad decidió hacerle caso a la curiosidad, vi que el diablo Luis tenía en sus manos un largo tridente. En las puntas estaban amarrados algodones, esponjas, no lo sabía.

La cadencia de la danza, la negrura de su piel, lo rojo de su boca, todo se alineó con lo espeso del ambiente. La figura alada levantó el tridente y de inmediato escupió un líquido rojo encima del cuerpo del niño.

Yo sólo pude apretar mis puños y lanzar un grito mudo.

El diablo Luis clavó entonces su arma en el cuerpo del pequeño. No entendí por qué, pero la gente aplaudía y gritaba. Yo estaba realmente aterrorizada. Del ombligo comenzó a manar sangre. Yo comencé a llorar y sentí que el universo me caía encima con todo su peso. Me desmayé.

Cuando volví en mí, mami me miraba asustada y me estaba echando aire con un abanico improvisado.

—¡Hija er' diablo! ¡Coño, me asustaste!

—No, mami, no, mami, ese diablo no. Lo mató mami, le clavó la puya y le salió sangre... pobrecito.

—¿De qué me estás hablando, hija?

—Mami, lo mató, mami. El Diablo Luis mató al chamito.

La gente que estaba alrededor soltó la carcajada, entre ellos, Migdalys.

—Ve, ve, ve, veeeeee... muchachaaaa, ¿qué vaina esa esa? ¡Jajajajajaja! Eso es mentira, mijaoooo', ese diablo lo que echa es jugo e remolacha. Y ese tridente en la punta

está puyao con lo mismo, hija. Eso es artuaó'. Pobrecita, muchacha, pobrecita...

Con la caída, supongo yo, todos los globos se habían reventado. Ya yo no era más que una pera flaquita que tomaba la mano de su mami, y sonreía aliviada de no haber caído en las gallas de aquel terrible diablo que pinchaba niños y les sacaba sangre de remolacha.

## EL SUSURRO DEL MONTE



*Sin duda hubiera ella deseado menos severidad  
en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura;  
pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.*

HORACIO QUIROGA  
«El almohadón de plumas»

Alicia despertó sofocada y sudorosa. Se levantó de la cama aún con el susurro de esa voz en su cabeza: «Eres maldita, un bicho se alimenta de tu sangre. No mereces estar viva. Poco a poco te irás desvaneciendo».

Atontada y con el sueño todavía en el cuerpo, buscó a Horacio. A tientas y un poco mareada caminó por el desolado dormitorio. Escuchó a lo lejos el cierre de la puerta principal y se sobresaltó. Ahora todo era silencio. Se quedó latiendo en ese silencio que era el mejor recordatorio de la soledad que la embargaba.

Apenas un par de meses después de que se habían mudado a Misiones, lo único en lo que pensaba su marido era en cómo trabajar la tierra. Ella, enamorada y con ilusiones, nunca pensó que viviría el infierno en el que se encontraba. Para su Horacio, esa tierra y ese monte se habían convertido en una obsesión. Y ella sólo había querido ser feliz y tener la atención de ese hombre que amaba tanto.

En ocasiones le decía que fueran a tomar fotos, que cuando llegaron salían mucho a dar vueltas y era lindo verlo tomar fotos. Pero aquel idilio de los primeros días en la selva había terminado, y él tenía tiempo sin usar la

cámara. Allí estaban los rollos, los frascos con los líquidos de revelado, las cámaras, todo agarrando polvo. Pero Horacio no hacía más que decir que debía encontrar la manera de plantar estas o aquellas semillas o investigar por qué no se estaban dando sus batatas. Porfiaba en que tenía mucho que hacer.

—Además no te sientes bien —solía cerrar.

Y era verdad, cada vez estaba más débil. Se despertaba alrededor de las tres de la mañana con la sensación de que alguien le susurraba al oído y con la idea de que algo se subía a su nuca, a su cuello. Ya había llegado la época de las lluvias, que lo que hacía era alterar el ambiente de por sí tan húmedo. Los moscos se metían a la casa, al cuarto. El sonido que producían era como aquel susurro. También entraban los zancudos. Ella sentía que querían su piel, su sangre. Le pedía a Jordana, la chica que trabajaba en casa, que pusieran inciensos para espantarlos. Alicia siempre fue una mujer de ciudad. Llegar a internarse en la espesura de esa selva significó un cambio drástico. Estaban rodeados de lapachos, pinos y palo rosa, matas que ahora conocía por su marido, quien no hacía otra cosa que alabar ese montón de especies arbóreas, características de la región que ella ya consideraba su prisión y su enemiga. Sí, ese verde paisaje, lleno de cedros, incienso, del famoso peteribí, palmito y chachimbire se había convertido en su competencia por el amor de Horacio. Y lo peor era que ella cada vez se sentía más débil. Ya no dormía bien, los susurros acosaban su rostro. En ocasiones, imaginaba que ellos salían de una boca llena de colmillos que quería alimentarse de ella.

Al principio vagaba por los alrededores talados de la casita. Ya no, ya se le hacía muy difícil mantenerse en pie. Jordana, preocupada, atenta, iba tras ella. Le decía, «Señora, no ande levantada tanto rato, venga, venga».

Mientras, la selva se tragaba a su marido. Al princi-

pio, con emoción primeriza de esposa, soñaba recibirlo al final de su jornada, con amapuches y preguntas de cómo le había ido, de cómo iban esos planes que ella creía maravillosos y que los habían llevado hasta allí. Horacio era un entusiasta, le apasionaba recorrer ese camino ascético de vivir en un lugar remoto que, según él, era lo que necesitaban para su espíritu. Ella se había dejado contagiar por esa pasión, por esas ideas; no imaginaba entonces que todos esos sueños de él le harían tanto daño al espíritu y al cuerpo de la delicada chica citadina.

Entonces Horacio había empezado a mostrarse ya no incómodo con su amor, sino enojado por su presencia. Parecía que le enfurecía que ella estuviera enferma. Y cada vez estaba más ausente. Siempre tenía asuntos por resolver y esos asuntos, obviamente, no la incluían. Su alejamiento, su molestia y su frialdad llegaron a tal extremo que le ordenó a Jordana que la pasara a otra habitación. Ahora Alicia dormía en aquel cuarto pequeño por las noches. Jordana era su única compañía. «Ay señora, ay señora», decía Jordana y le traía comidas e infusiones. En aquel pequeño cuarto, el susurro se hizo más persistente. Esa voz la martirizaba. A veces no la entendía, otras, en sueños, le decía: «Estás enferma, tienes que irte, este lugar no es para ti». Una noche se levantó de un sobresalto. La chica estaba ahí, en la oscuridad, mirándola.

—Jordana, ¿qué haces aquí?

—La escuché gritar, señora y vine. ¿Se acuerda? Me estoy quedando a dormir. Ya tengo una semana.

Con los días apenas podía estarse en pie. La voz no la dejaba en paz. El cuello, la nuca le ardían. En sueños veía que la boca dueña de los susurros se alimentaba de ella.

Los días se le antojaban eternos. Se miraba en el espejo de mano, acostada en la cama, y sólo divisaba una cara pálida, en donde las ojeras colgaban. Su cabello antes brillante y dorado, ahora deslucido, era todo opacidad.

Sus ojos que habían sido el elogio constante de su marido cuando se conocieron, la miraban con una sombra de luz. La sonrisa de esa extraña en la que se había convertido, estaba cada vez más en caída.

Apenas se consolaba pensando en aquellos primeros paseos con Horacio, cuando salían a tomar fotos. Sonreía. Una que otra vez fue hasta la sala y se quedó viendo las cámaras. Aquellos primeros tiempos fueron felices, sin duda. Hubiera deseado compartir con él aquellos recuerdos, pero Horacio nunca estaba, y si acaso llegaban a tropezarse, le decía, evasivo, enojado, que por fin estaba logrando una buena siembra y que no tenía tiempo, que hablara con Jordana, que ella se encargaba de cualquier necesidad que tuviera.

«Soy menos que un tapire, un yagüareté», se decía una y otra vez. «Y cada día más débil, cada vez más presa de este verde».

Una tarde fue hasta la repisa de las cámaras. Se quedó viendo los frascos, los rollos. Tomó uno de los frascos justo en el momento que escuchaba la voz de Jordana detrás de ella reclamándole que estaba levantada. La chica se la llevó hasta el cuarto. Alicia llevaba el envase en el bolsillo de la bata. El envase tenía la conocida señal de la calavera cruzada.

Cuando la joven la dejó sola, Alicia puso el envase con el líquido sobre su regazo. Se dijo que tal vez era ya el momento ideal para llevar a cabo la idea que se le había instalado desde que la habían cambiado al cuarto pequeño; esa que le susurraba la voz todas las noches. Estiró el brazo tembloroso para tomar el envase. Sus manos apenas existían. Sí, ya era una Alicia transparente. Mejor era borrarse por completo, nadie la echaría de menos. Estaba enferma, estaba maldita. Eso le habían dicho una y otra vez los susurros, la boca que le chupaba la vida. Sí, había que hacerle caso a la voz.

\*\*\*

Horacio fue quien la encontró. En su rostro hubo un agua de dolor y también una chispa enojo. No abrigaba esperanza, pero la culpa que sentía lo hizo actuar como si aún la hubiera. Cargó el cuerpo de Alicia, lo encontró frágil, liviano. A grandes pasos salió del cuartito. De un puntapié batió la puerta principal, salió en ruta hacia la camioneta que usaba sobre todo para ir hasta el pueblo. Buscaría un médico, buscaría ayuda. No abrigaba esperanzas, pero la culpa lo llevaba.

Jordana se quedó atrás en la casa, viendo partir la camioneta. Susurraba, algo susurraba Jordana, y sonreía. El conjuro había hecho su efecto. Ahora podría dedicarse a Horacio. Alicia, esa tonta niña de ciudad, no merecía a su Horacio.



MARÍA TERESA VERA



Fedosy 2024

## VOLANDO EN UNA BICICLETA



Es e día estábamos las tres. Mi hermana mayor, la otra de ojitos verdes y yo. Habíamos salido a hacer unas diligencias, entre otras cosas, para poner al día los documentos de la casa de nuestra madre. Tarea que nos parecía tediosa, deprimente, de esas que uno siempre posterga y luego se arrepiente mil veces de no haberlas hecho a tiempo. Si bien debería ser lo normal en una familia donde se tienen algunas propiedades, para nosotras era cosa de locos, como si fuera un asunto de mala suerte, algo que incrementaba nuestra desdicha.

Estábamos cansadas, pero dispuestas. Ninguna de las tres expresaba lo que sentía, nos dejábamos llevar. Ojitos verdes iba adelante, yo en el medio. Mayor refunfuñaba:

—Chamas, van muy rápido, ¿estoy cansada! Vamos a tomarnos un café y a recargar las pilas que aún falta mucho por hacer —decía con ese temperamento de líder que siempre tuvo y que todos aceptábamos sin dudar.

Ojitos verdes me miró y dijo:

—La verdad es que hace falta un café, pero a ver si en esta ciudad aún existe alguna cafetería decente. ¡Además, no tengo dinero!

Pensé en que Mayor había invertido mucho en la familia y dije:

—Les brindo el café y así también aprovechamos de revisar la lista para ver qué nos falta por hacer.

Hacía mucho tiempo que no recorría esas calles. A pocos metros de nosotras, vi un hombre que llamó mi

atención: portaba un sombrero tipo bombín que me causó mucha gracia. Alcancé a preguntarle:

—¿Habrá alguna cafetería cerca de aquí?

El hombre me vio de reojo, arrugó la nariz y levantó el labio superior como si le causara desagrado. No me respondió, me dio la espalda y se alejó. Su actitud me produjo cierta inquietud.

—¿Y a ese tipo qué bicho le picó? ¡Qué ridículo se ve con ese sombrero, ni que fuera Charles Chaplin! — dijo Mayor, y todas reímos. Luego continuó—: Recuerdo un lugar por aquí donde me tomé un café más o menos bueno cuando vine con Mamy, hace como un año.

Siempre sucedía cuando me reunía con mis hermanas. No parábamos de hablar y nunca parecíamos ponernos al día. Nuestras conversaciones eran acaloradas, todas elevábamos la voz y hablábamos al mismo tiempo. Muchas veces, peleábamos y luego nos volvíamos a contentar. Incluso podíamos pasar de conflictos casi irresolubles a carcajadas estruendosas. Pero ese día, fue distinto. Ojitos verdes estaba muy calmada y Mayor no había fumado tanto. Un pesar se confundía con el sentimiento de fastidio de tener que hacer esas diligencias.

Una sensación un tanto extraña me invadía. Siempre me sentí muy cómoda y segura con mis hermanas. Sin embargo, el entorno me producía una cierta incomodidad. Era como si nunca hubiese estado en ese lugar o peor aún, como si no hubiese existido. No lo reconocía y a la vez me era muy familiar. ¿Me fallaba la memoria o estaba trasnochada? Tampoco estaba segura de ver a Mamy ese día. «Quizás nuestra madre nos alcanzaría para tomarnos un guayoyito», imaginé.

Seguimos caminando en búsqueda del café. Mayor encendió un cigarrillo y se atrasó aún más. Observé que la calle ascendía y estaba muy sucia. Hacía mucho calor, había llovido y aún la tierra estaba húmeda. Los carros

habían dejado sus huellas en el barro. Promontorios de tierra y lodo cubrían las aceras, se nos ensuciaban los zapatos y se dificultaba nuestra caminata.

De repente, empezó a aparecer gente que no había visto unos instantes antes. Todos caminaban muy rápido, como si estuvieran apurados o huyendo de algo. Nadie hablaba. Y a nadie parecía importarle el barro. Volví a ver al hombre del sombrero bombín parado en una esquina. Su cuerpo denotaba cierta rigidez, se mordía el labio inferior y si no hubiese tenido puesto ese ridículo sombrero, hubiese apostado que le vería el ceño fruncido. Le pasamos al lado y se nos quedó mirando. Esta vez, me pareció que su mirada era distinta, de asombro o intriga. «¿Serán vainas mías?», pensé.

Ojitos verdes seguía llevando la delantera. Se volteó y dijo:

—¡Manitas, apúrense que no me gusta este gentío amontonado! Recuerden que aún está la amenaza del virus y esta situación me está poniendo nerviosa.

Me llevé las manos a la cara y descubrí que no llevaba puesto el tapabocas. Bueno, en realidad nadie lo tenía puesto, ni siquiera el hombre del sombrero. No recordaba en qué momento habían flexibilizado la medida obligatoria de usar el tapabocas, aunque el virus seguía haciendo estragos. Pensé que toda esta situación era muy rara, dos años el virus cambiando la vida, los sentimientos, las costumbres y hasta la moda. Tapabocas, sombrero, zapatos sucios, barro. ¡Caramba, un torbellino de pensamientos a mil por segundo, mientras la gente corría como loca alrededor!

Sin darme cuenta, agilicé el ritmo. La calle se empinaba y no se veía bien el horizonte. Estaba cayendo el sol. Y entonces, la vi. A unas dos cuadras más arriba estaba nuestra madre. Se volteó y nos miró. Allí estaba ella con su gran sonrisa y su mirada bondadosa. Sentí un amor

infinito, ¡qué feliz me sentí! Estaba muy linda, con su cabello corto, bien peinado y teñido de amarillo cenizo. Vestía una camisa verde limón, jeans y los zapatos deportivos que Mayor le regaló. Lucían impecables, como si fueran «inmunes» al barro. Estaba de pie, sosteniendo una bicicleta. «Quién se gasta una madre así?», pensé.

—¿Mamy qué pasó, te cansaste por la subida y te bajaste de la bicicleta? ¡Espéranos! —le grité. No pronunció palabra, pero se quedó quieta. En eso, el hombre del bombín y otras personas nos pasaron casi corriendo. Todo esto me parecía surrealista. Mi madre sosteniendo una bicicleta, esperando muy tranquila, mientras alrededor todo era un caos. Sentí que debíamos salir de aquel lugar. Aceleré para tratar de alcanzar a Mamy. Pasé al lado de Ojitos verdes y le dije:

—¡Chama, es mejor que nos apuremos, algo malo está pasando y Mamy está esperando con la bicicleta! ¿La viste? Tú que conoces mejor el lugar, ¿habrá una línea de taxi por aquí cerca?

—Si, claro que la vi. ¡Ay y yo que muero por ese café! Conozco una línea de taxi doblando la esquina. ¡Mayor, apaga ese cigarro y apúrate, meja! Esta gente corriendo no me gusta nada —gritó Ojitos verdes.

Mayor, con su parsimonia de fumadora, respondió:

—Chamas, no me apuren que me duelen mucho los pies y no puedo correr —y con tono burlón me dijo—: ¡Pregúntale a tu novio el del sombrero qué es lo que está pasando y a ver si nos brinda el café! Allá va y está alcanzando a Mamy.

Todas reímos. «Mayor y su sentido del humor negro», me decía yo.

Vi cómo el hombre del sombrero pasó al lado de Mamy. Se detuvo y me pareció que le dijo algo, pero estaba a cierta distancia y no alcancé a oír lo que decía.

—¡Ah puej! ¿De dónde sacaste esa bici y cómo lle-

gaste hasta allí, Mamy? ¿Qué te dice ese tipo? —le grité, pero no me respondió.

Qué extraño, en realidad no sabría decir si Bombín le hablaba a nuestra madre o si sólo gesticulaba. Hacía señas con las manos y de vez en cuando, se volteaba y nos señalaba. ¿Será que le estaba advirtiendo algo? Entonces, mi madre asintió con la cabeza y el hombre se llevó la mano al ala del sombrero, como haciendo un gesto de despedida respetuoso y se alejó.

—¿Será que Mamy se levantó al bicho del sombrero? ¿Lo vieron cómo hablaba con ella? —dijo Mayor riendo.

—Mayor, apura el paso que Mamy no parece esperarnos —rezongó Ojitos verdes—. Algo pasa y tampoco veo ningún taxi. ¡Deja la jodedera y corre!

En eso, Mamy volteó, extendió la mano e hizo un movimiento con los dedos, como invitando a acercarnos. No dejaba de sonreírnos y transmitía una paz que no concordaba con la situación. Apuré aún más el paso, pero a medida que avanzaba volvía a abrirse una brecha entre las dos. Mis hermanas me seguían de cerca, sin embargo, no era mucho lo que lográbamos avanzar. Las tres jadeábamos y nos resbalábamos en el lodo.

Entonces, nuestra madre nos hizo señas de adiós y empezó a andar, sin soltar la bicicleta.

—Mamy, ¿qué es lo que está pasando? ¡Espéranos! —grité con todas mis fuerzas al ver que Mamy estaba acelerando el paso y que volteaba de vez en cuando haciendo señas para que la siguiéramos. Lo más desconcertante era que seguía sosteniendo la bicicleta, y en silencio, como si le costara hablar.

Desde ese momento todo se volvió un lío de gente corriendo. Yo corría, Ojitos verdes me seguía el paso y Mayor se quedó atrás. La subida me cansaba las piernas, pero yo quería llegar hasta donde estaba nuestra madre. Gritaba desesperada:

—¿Corran, apúrense que Mamy se está perdiendo de vista!

—¿Mamy, espéranos! —gritábamos las tres. Pero nuestra madre parecía estar en mejor forma que nosotras e iba más rápido. No soltaba la bicicleta y seguía con los pies más ligeros que nunca le vi. Sus deportivos parecían tener alas. En algún momento me pareció que se iba a elevar como E.T. el extraterrestre de la película de Steven Spielberg, una de sus preferidas. Mi desesperación por alcanzarla me cansaba aún más. Mis hermanas gritaban y gemían. Una polvareda se levantó con el paso de la multitud. Me pareció ver a Mamy subirse a la bicicleta. ¿Serían impresiones mías o la vi volar? Una especie de bruma y polvo nubló mis ojos, y como por arte de magia, Mamy desapareció.

—¿Mamy, Mamy, Mamy!  
Lloramos las tres.

## FRIKI



Siempre me sentí diferente, como un fantasma inadvertido. Me encantaba caminar, pero esa sensación de no pertenencia me acompañaba dondequiera. Mis pasos eran ligeros, etéreos, como si caminara sin peso, sin ruido, sin arraigo. Como si fuese un espectro apenas notado por la gente.

Sin embargo, no estuve consciente de ello hasta que tuve que emigrar y solicitar asilo político en Canadá. La ansiedad que generó el exilio y la necesidad de tratamiento para el trastorno de estrés post traumático me llevó a consultar a un psiquiatra, quien comentó que mi situación no era normal.

Un día, después de un extenso tratamiento, salí del consultorio sintiéndome peor que nunca. Las numerosas medicaciones recetadas y las sesiones de psicoterapia sólo habían aumentado mi sensación de anormalidad.

Muy alterada, caminé sin rumbo por Montreal, mi ciudad de acogida. Me había desviado de mi ruta habitual y me encontré frente a la estación de metro de Sherbrooke, perdida y al borde de un ataque de pánico.

Fue entonces cuando escuché una hermosa voz de soprano que parecía venir de adentro de la estación. Una mujer cantaba *O mio Babbino Caro*. No era la Callas, pero me atrajo. Intrigada y a pesar del calor infernal, ingresé a la estación. Allí descubrí algo muy distinto a lo que imaginaba.

### La cantante de la minifalda amarilla

La mujer vestía a la moda de los años setenta. Con una blusa descotada, estampada y anudada en la cintura,

combinada con una minifalda amarilla. Su maquillaje me pareció exagerado y no concordaba con el aria que estaba interpretando. Cuando llegó al agudo de *¡Babbo, pietà, pietà!*, aguanté la respiración. La falda, demasiado corta, se le subió tanto que pude ver un vello púbico abundante, lo que arruinó, según mi opinión, el espectáculo.

Me apresuré a irme para no reírme en su cara y me carcajeé durante todo el trayecto. Aunque sentí las miradas discretas de los montrealenses, no me importó que pensarán que estaba loca. Después de todo, en esta ciudad no es tan raro encontrar un desadaptado en cualquier momento del día.

Aún pienso en la cantante y me pregunto si la gente, al igual que yo, se fue sin dejarle propina. La verdad que me alegró el día y fue gratis. Bendita sea esa diminuta falda amarilla.

Decidí seguir mi instinto de supervivencia y hacer mi propia terapia andando por la ciudad. Así que mandé al médico a la mierda. En un principio, no tenía ningún rumbo particular. Me dejaba llevar. A partir de ese día me hice un plan: elegía al azar un lugar en el mapa y me dirigía hacia allí.

### *Madmoiselle trencitas*

Pasado el verano, durante una hermosa mañana de otoño, decidí hacer un pícnic en el Parque Laurier, uno de mis favoritos.

A unos metros de distancia, divisé una persona ataviada con una gabardina rosa que cubría sus rodillas. Su gorro de fieltro era del mismo tono. Una falda de lana se entreveía por debajo del abrigo y dejaba ver sus botas de gamuza, ambas, la falda y las botas, color beige. Aunque caminaba con elegancia, parecía indecisa sobre el rumbo a seguir. La alcancé en la esquina y, justo cuando la pasé

para girar a la izquierda, se detuvo y volteó la cabeza hacia la derecha. Intenté imaginar cómo sería el rostro de aquella figura con ese atuendo encantador.

Llegué al parque. Encontré una mesa y me dispuse a comer. Me distrajeron la arboleda y sus hojas de otoño. De pronto, apareció la señorita de la gabardina rosa.

—¿Podríamos compartir el lugar? —dijo con voz suave, mirándome de frente. Dos trenzas castaño claro de unos veinte centímetros colgaban desde su barbilla. Era una mujer barbuda, lo cual me impactó tanto que escupí para no atragantarme.

—*Désolé* —logré pronunciar y con vergüenza, me levanté y me fui.

## Negro

Un tiempo después, casi al final del invierno, me encontraba en la fila del autobús. La nieve se había derretido y había dejado charcos de agua sucia en las calles. A mi alrededor, la gente parecía taciturna, tal vez influenciada por la humedad. ¿O era a mí a quien afectaba?

Entre los tonos grises que arropaban el ambiente y, más adelante en la fila, divisé a un hombre alto, fornido, de tez oscura, con trenzas rasta, lentes de sol y un atuendo roquero, todo de negro. Llevaba una chaqueta de cuero con tachuelas y botas militares. Lo más sorprendente y que desentonaba con el resto de la vestimenta, fue la falda de poliéster a la altura de sus rodillas.

Mientras esperaba mi turno, observé cómo la falda se le ceñía al cuerpo mostrando la redondez de sus nalgas. «Las tiene bien duras, ¿cómo será el resto?», pensé con morbo.

Cuando entré al bus, sólo quedaba un asiento al fondo, justo al lado del hombre de la falda. El conductor arrancó de forma brusca, haciéndome trastabillar y perder el equilibrio. Justo antes de caer, pude ver un bulto

debajo de la falda. Aterricé sobre sus piernas, aferrando una mano a aquella dureza entre sus muslos.

—*Je m'excuse!* —balbuceé.

—*C'est mon plaisir.*

Sonrió. Me pareció que su expresión denotaba cierta perversidad.

Por lo visto, estaba destinada a encontrarme con las criaturas más frikis de la ciudad. Y yo deseaba a toda costa ser parte de ese clan peculiar. Busqué en las redes sociales y me registré en un sitio llamado Grupo raro de gente rara. Aunque en un principio me decepcionó, mantuve la esperanza de encontrar algo bizarro y entretenido en la página.

## Peluche con tacones

En una espléndida mañana de verano, me fui al parque de los rápidos del Río Saint Laurent, donde hay una ciclo vía que serpentea paralela al río. A pesar de mi escasa destreza en bicicleta, alquilé una. Cuando ya parecía tener el control del manubrio y casi disfrutaba del pedaleo, divisé una drag queen que caminaba hacia mí. Llevaba un ajustado vestido verde, bordado en lentejuelas. Me llamó la atención que tenía una barba tupida pero bien afeitada.

Lo más impactante, sin embargo, fueron los zapatos de plataforma y los tacones altísimos que portaba la criatura. El tongoneo de pasarela y la soltura con la cual caminaba el personaje me dejó atónita y boquiabierta. Mientras pensaba que hacía tiempo que no usaba tacones, me distraje, perdí el control del volante y caí al suelo como una idiota.

—¿Necesita ayuda, *madame?* —le oí decir mientras yo trataba de entender lo sucedido. Un par de piernas peludas se sostenían sobre aquellos zancos. Una mano

fuerte, con una manicura perfecta, me sujetó el brazo y, con habilidad y fuerza sorprendentes, me ayudó a ponerme en pie.

—Gracias —logré decir, tartamudeando. Y como si nada, el peluchín entaconado siguió su rumbo, sin perder nunca el equilibrio ni el glamur.

Llegué a casa aún aturdida. Observé los raspones en mis brazos, pero eran insignificantes en comparación con las pequeñas heridas que yo misma me infligía, nacidas de un dolor más profundo que buscaba sentir en mi piel, una respuesta tangible a la pérdida de autoestima, una forma de enfrentar el vacío emocional que me abrumaba.

## Caperucita roja

Con la llegada del invierno y una nevada abundante, salí en busca de un nuevo abrigo. El viejo gris ya no cumplía su función contra el frío. En esta época, diversos matices de blanco y negro predominan en el ambiente, pero decidí romper la monotonía eligiendo uno rojo, no muy escandaloso.

Pocos días después, sucedió algo inesperado. Recibí un mensaje a través del Facebook Messenger del grupo de los raros: «Magdalena, estás cordialmente invitada a la reunión de frikis de tu vida». Aunque lo que había explorado en la página del grupo no me apasionaba mucho, la verdad es que estaba tan aburrida que decidí darle una oportunidad.

En el día señalado, uno de los más fríos del año, me envolví con varias capas de ropa, y encima, el nuevo abrigo rojo. La nieve caía sin piedad.

Tomé el autobús, nadie pronunciaba palabra. Las lenguas parecían haberse congelado.

En una de las paradas, una mujer pelirroja se su-

bió. Estaba abrigada con un felpudo largo y un capuchón del mismo color, un rojo tan intenso que eclipsaba el mío. La dama no llevaba medias ni botas de invierno. Sólo la cubría ese abrigo, como un manto de sangre. El enrojecimiento de su rostro y piernas mostraban el frío al que se estaba exponiendo, pero parecía imperturbable. Me estremecí.

Descendimos en la misma parada. Percibí sus pasos a mi espalda, como si me estuviera siguiendo. Al llegar a mi destino, la pelirroja también se detuvo y me interpeló:

—¿Vienes al encuentro de los frikis? ¿Eres Magdalena?

Atónita, la miré y asentí.

## La reunión

Cuando la dama se despojó de su abrigo, reveló que sólo llevaba ropa interior debajo. Yo, que estaba cubierta con tantas capas, me sentí deslucida y avergonzada. Con asombro, reconocí entre los invitados algunos de los personajes que había encontrado en mis andanzas por la ciudad: la cantante con su monte de Venus al descubierto bajo la minifalda amarilla, la drag queen con sus tacones imposibles, el de la falda negra con sus formas pronunciadas y la mujer con su barba trenzada.

—¿Se puede saber por qué me invitaron? —pregunté desconcertada al ver a todos aquellos personajes. En realidad, no sabía qué esperaba cuando llegué allí, aunque en el fondo no me extrañé. ¿Acaso no estaba asistiendo a una reunión de frikis de una sociedad a la que me había acercado por medio de internet? ¿Qué esperaba? ¡Pues eso!

—En estos tiempos, tu nombre nos resulta un poco extraño —dijo la pelirroja—. ¡Tabarnak! ¿Eres Magdalena la recatada o la traviesa?

El ambiente, impregnado con el inconfundible olor a cannabis, sugería que algunos de los presentes estaban más embobados de lo que hubiera deseado.

—¿Y tú, chica nueva, piensas que puedes pertenecer al circo? —bromeó el individuo de la falda negra con una risa socarrona.

—¡Ajá! ¿Qué nos traes de especial? —añadió la cantante de la minifalda amarilla acompañando su comentario con un gesto exagerado.

Reflexioné: «No poseo nada para mostrar, a menos que saque lo que tengo dentro de la cartera».

Sintiéndome cada vez más incómoda, respondí con timidez:

—Sólo soy Magdalena, no soy nadie especial.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó la mujer barbuda con sarcasmo—. ¿No trajiste alguna rareza para compartir con nosotros?

Todos rieron, y alguien comentó en voz baja:

—Con ese nombre, al menos esperaba algo más emocionante. ¿Tendrá una «magdalena» escondida en la cartera?

En medio de la risa, otro individuo añadió:

—Quizás está aquí para redimirnos a todos. ¿Eres creyente, dulce Magdalena?

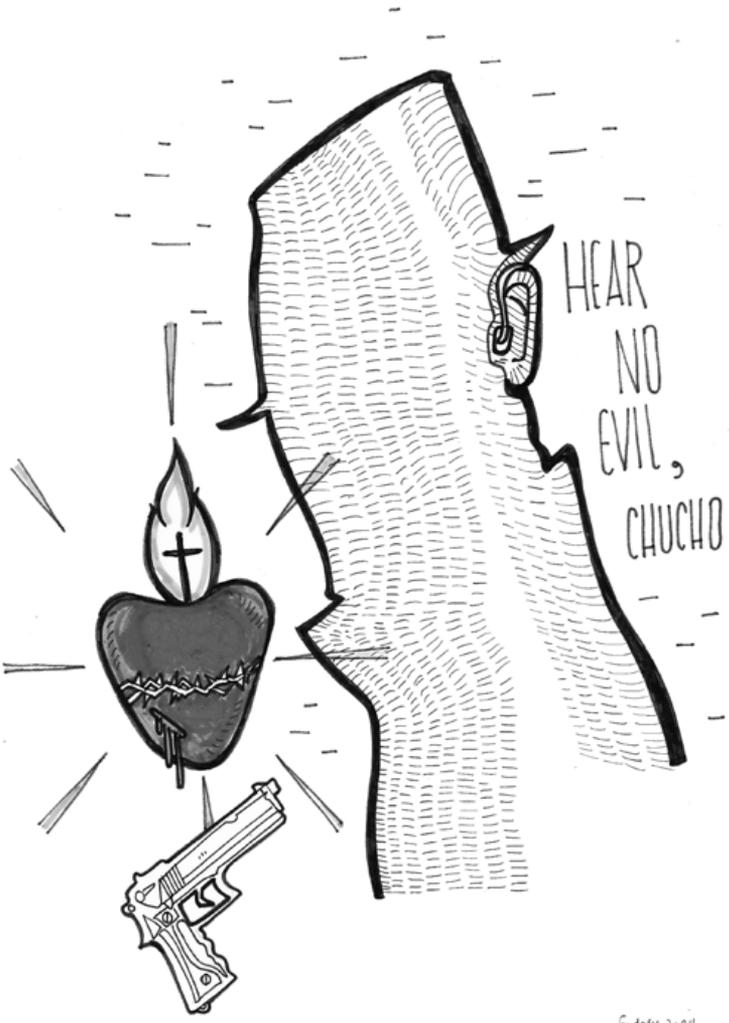
Reconozco que me decepcioné. Esperaba encontrar algo más que apariencias estafalarias. Quise decir que soy atea y que no me interesa hablar de religión. Pero no pude. Mi ansiedad aumentó, mi pulso se aceleró. «Tendré que hacerlo», me dije.

Entonces, me atreví: saqué la navaja que tenía en la cartera, me levanté la manga, y en el único espacio sin flagelar que había en mi delgado brazo, la hundí sin compasión.





**MAX JECKLIN**



Fedoty 2024

## EL TRABAJO TE LIBERA



**H**an transcurrido varias semanas desde tu muerte, y por fin, luego de tanta pena, llega el momento de revisar tus pertenencias. Paso a tu despacho en la vieja casona. Es una grata sorpresa descubrir que aun a pesar de que ya no volviste, todo en aquella amplia habitación permanece en impecable orden; no hay rastro de polvo ni sensación de olvido, muy al contrario, da la impresión de que los objetos a mi alrededor permanecen alertas, a la espera de que en cualquier momento tú entres por la puerta seguido del humo de su pipa y de los gritos de mi madre rogándote que ya dejes de fumar.

Ay viejo Karl, atrás dejé la rutina impuesta por la larga convalecencia, en la que tuve que abandonar mis disfuncionales hábitos para hacerte una falsa compañía. Reconozco que varias veces sentí ganas de no volver al hospital, el hartazgo de verte tan desvencijado, tan poca cosa, me hacía sentir una increíble angustia.

Hoy por fin me arriesgo a revisar tu escritorio con demasiado respeto. Voy pasando lista a los objetos que hay en cada cajón, escojo aquellos que guardan un valor especial para mí, los selecciono con cuidadoso esmero: algunas de tus pipas, tus plumas fuentes, lentes, adornos; todos esos objetos tan tuyos y ahora tan míos. Así voy llenando un pequeño baúl que encontré en otra esquina de la misma recámara.

Me llega la sensación de que falta algo. Casi sin pensarlo me levanto de la silla, enciendo el tocadiscos, coloco con cuidado la aguja sobre el vinilo que ya aguar-

daba impaciente y la habitación comienza a llenarse con tu preferida, la obertura del Anillo de los Nibelungos de Wagner.

Reviso el último cajón, en una esquina encuentro la llave de tu celoso armario y me resulta inevitable pensar en la tediosa tarea que me espera: embalar toda tu ropa de manera impecable, prenda por prenda en transparentes cajas que permitan ver su contenido, ordenando alfabéticamente cada pieza, abrigos, bufandas, camisas hasta llegar a los zapatos. Así, con riguroso orden, como me enseñaste a hacer todo. Mientras empaco pienso en tu frase predilecta, esa que siempre usabas cuando algo se hacía bien: «El trabajo te libera», decías, y acompañabas tus palabras de una palmada en el hombro.

Me encargo ahora del estante superior del robusto ropero. Voy sacando sombreros, libretas de apuntes, álbumes de fotos familiares, cajas de libros. La germánica épica aún suena con brío en el ambiente y mi cabeza se llena de nostálgicos recuerdos: nuestros viajes juntos, las alegres fiestas que organizabas, tu desbordante generosidad y cariño.

Cuando creo que ya he terminado, en el último rincón del mueble observo un objeto. Me pongo de puntillas sobre el taburete para alcanzarlo. Poco a poco voy jalando la caja hacia mí y cuando por fin consigo agarrarla mis pies se enredan. Sin éxito, intento conservar el equilibrio con una triste pirueta, pero suelto la caja, que sale volando por los aires, como si hubiera cobrado vida e intentara con todas sus fuerzas huir de mi escrutinio. La miro como va cayendo en cámara lenta hasta chocar con el suelo. El golpe activa un mecanismo y comienza a sonar las campanillas en su interior interpretando La cabalgata de las valquirias.

Permanezco inmóvil escuchando los impetuosos sonidos; de pronto, algo en un costado de la caja llama mi

atención. De una rendija abierta por el golpe se asoma un sobre. Lo extraigo con cuidado y adentro encuentro varias fotografías antiguas.

En todas te veo ataviado de impecable uniforme negro, las insignias de dos tibias y la calavera resaltan sobre el abrigo y el quepis, y en el brazo derecho, una esvástica. Sigo pasando las fotos, y sin poder evitarlo mis ojos se van llenando de lágrimas; una sensación de terror va recorriendo mi cuerpo mientras aparecen imágenes de los campos de exterminio sembrados de muerte, tu rostro jubiloso brindando junto a otros esbirros. Descubro un documento de identidad con tu foto, pero con un nombre distinto al tuyo. Todo es tan sórdido, la habitación comienza a girar sin pausa, siento nauseas, tengo que escapar de todo esto, y entonces, sin darme tregua alguna, aparece la última imagen: tú en la entrada del campo, sobre el arco de la reja, ahí, forjada en oscuro fierro tu frase predilecta: *Arbeit macht Frei...* El trabajo te libera.

## EL FLAUTISTA



—*¡Cuidado! No sigan excitando mi cólera porque darán lugar a que toque mi flauta de modo muy diferente.*

EL FLAUTISTA DE HAMELÍN

La única respuesta que recibió fue un grave sonido. Jesús Chucho Pérez Angulo movió la cabeza con lentitud en ambos sentidos intentando ubicar de donde provenía la música, y eso fue un agudo error, porque la música continuó con melancólica cadencia, y así, sin poder evitarlo su cuerpo se paralizó por completo. Entonces, poco a poco, su mano derecha, la que tomaba la pistola, fue subiendo sin pausa con cada nota. Tras un tembloroso esfuerzo, logró a su vez mover la izquierda, repitiendo el trazo de la diestra, ambas manos elevándose con antagónicas intenciones, ambos brazos doblando el codo a la misma altura. Con lentitud, la derecha fue acercando el arma hasta sentir el frío roce del acero de Sinforosa en la sien, la izquierda por su parte alcanzó a palpar el auditivo propósito. Dionisio emergió suavemente detrás de una montaña de escombros y continuó interpretando la oscura tonada mientras observaba con maldad la lucha que libraba el policía. Cuando, de pronto, se escuchó un disparo.

\*\*\*

Siete de la mañana de un domingo cualquiera. El judicial Jesús Chucho Pérez Angulo dormía una pesada

borrachera cuando de pronto sintió que alguien lo zaran-  
deaba con fuerza. Al abrir los ojos e intentar tomar de la  
mesa de noche a Sinforosa, su Beretta 9 mm, se encontró  
cara a cara con López, su compañero, quien sosteniendo la  
pistola lo observaba con burlona mirada.

—Venga, capi, a despertarse. Apareció otra puta  
muerta y Contreras nos asignó el caso. Así que yo lo sien-  
to mucho, pero se le fregó el domingo.

—Coñoelamadre, López, uno de estos días te voy a  
meter un tiro. ¿Cómo carajos me haces esto? Además, si  
ya está muerta, ¿qué coño podemos hacer tú y yo, compa-  
dres? Ese inútil de Lázaro siempre con sus idioteces.

Como pudo, logró incorporarse. Apartó con los pies todo  
el reguero de ropa, cajas de pizza, botellas y latas que ro-  
deaban su catre. López aprovechó el momento para co-  
mentar:

—Carajo, capi, voy a llamar a Sanidad a ver si te  
clausura este mugrero. Con suerte te llevan a ti entre toda  
esa jodida basura.

—Sí, López ya sé, tú y tu inmaculada vida. Mándame  
a tu esposa pa que limpie.

López no se perturbó con el comentario de su jefe, ya eran  
demasiado años de trabajar juntos y se sabía además de  
memoria todo el infierno que Chucho Pérez llevaba en la  
cabeza. Aun a pesar de tanta locura, Pérez era el mejor  
detective de toda la policía judicial.

Luego de algunos minutos en los que apenas alcan-  
zó a medio asearse, tomó la primea camisa, un pantalón y  
un saco que encontró en una montaña de ropa tirada en  
el suelo. Se metió dos pases de perico, bebió en tres tragos  
el café que López le había traído y bajaron en silencio has-  
ta la calle. Ya en la patrulla, López, como de costumbre,  
arrancó picando caucho.

La fresca mañana del domingo golpeó el rostro de  
Pérez dándole la bienvenida a Caracas. El tráfico era es-

caso, sin embargo, el semáforo los detuvo en la esquina de siempre, donde un predicador se paraba cada día con su bocina a repetir de manera interminable salmos de la Biblia. Pérez acomodó lo mejor que pudo su aparato de audición, herencia de una meningitis que hace un año le dejó una sordera absoluta en su oído derecho y un mínimo de audición en el izquierdo, y giró la cabeza para escuchar mejor las palabras que el evangelista recitaba:

—Job 30:31: «Se ha convertido en duelo mi arpa, y mi flauta en la voz de los que lloran...».

Al cambiar la luz, López arrancó de golpe y él mal-dijo en voz baja mientras se acomodaba de nuevo el audífono que por poco se le cayó por la ventana del carro.

Llegaron a la escena del crimen y ya había varias patrullas, una camioneta de la morgue y, por supuesto, una considerable cantidad de curiosos que se apretujaban con la intención de ver algo que les revolviera el desayuno dominguero.

Ambos agentes se acercaron a la víctima, que estaba tirada en la entrada de un callejón entre dos edificios ruinosos. Se trataba de una joven de tal vez unos dieciocho a veinte años. Por su indumentaria podía presumirse que era prostituta; en los alrededores había dos o tres bares de meretrices y cuando no había trabajo, las mujeres salían a taconear la calle.

Chucho Pérez ahora se encontraba en cuclillas. La joven no presentaba ningún indicio que pudiera indicar la causa del fallecimiento, lo único que le llamó la atención fue que presentara una excesiva inflamación en ambos pies. Observó el rostro de la muchacha, era guapa, seguro tenía una buena cantidad de clientes. Se acercó un poco más, como si esa cercanía le permitiera preguntarle qué le había sucedido, cuando de pronto sintió un par de golpes en los hombros. Al voltear, ahí parado en toda su majestuosidad, se encontraba Lázaro Contreras, comandante

de la policía judicial, quien como película muda gesticulaba y movía los labios con enérgico enojo. Pérez tuvo que subir el volumen del audífono para darle voz al personaje:

—...rajo mira quien se dignó a venir, el mismísimo Jesús Pérez Angulo y su novio. Les advierto, joyitas, que esta vaina se está poniendo candela. El alcalde ya me llamó a capítulo y si me botan los arrastro conmigo. ¿Oye-ron, par de dos?

Pérez lo miró sin alterarse, lanzó un beso en el aire a López al tiempo que con voz afectada dijo:

—López, Lázaro está celoso de nuestro amor. Seguro más tarde va a intentar el milagro de la resucitación con las muertas pa salvar su puesto.

Contreras enrojeció de rabia, les mentó la madre a ambos, se dio media vuelta y apartando con fuerza a los curiosos, desapareció del lugar. Entre aquellas personas estaba una anciana que les gritó a los policías:

—Yo estaba bien dormida y como a las cuatro de la mañana me despertó el sonido de una música tan sabrosa pa bailá que hasta los pies me picaron de gusto. Pero, juumm, me voltié y ahí mesmo quedé rendida de nuevo.

\*\*\*

Una semana demoró la burocracia administrativa en enviarles el reporte forense. Al compararlo con los de las tres víctimas anteriores, encontraron que era básicamente idéntico: en ninguno de los casos, la víctima presentaba golpes contundentes, alguna herida punzo penetrante u otro indicio que pudiera establecerse como causa del deceso. Tampoco había rastros de violencia sexual y los informes toxicológicos indicaban que, si bien había rastros de sustancias ilegales en la sangre, las cantidades halladas no representaban riesgo de muerte. Las tres mu-

jeros habían fallecido por infarto al miocardio, producido presumiblemente por un excesivo, continuo y forzado ejercicio físico.

Después de algunos minutos de deliberaciones, Chucho Pérez encargó a su compañero investigar en las bases de datos y registros policiales acerca del hallazgo de cadáveres de mujeres en similares condiciones.

Pérez en cambio salió esa noche a dar un recorrido por los bares de la Casanova. Luego de interminables cubalibres y pases de perico, descubrió que la difunta se llamaba Gloria Encarnación Rodríguez, alias La Divina. Varias de sus compañeras de oficio le indicaron que esa noche, como no hubo clientes, se marchó al Salsabar, un club de baile cercano, con la esperanza de encontrar algún cliente entre los rumberos.

\*\*\*

Al siguiente día, Pérez se levantó con una increíble cruda que le carcomía el cerebro. Aun así, llamó a su compañero para que compartiera con él los resultados de su investigación y, tal como lo había pensado, encontró otros casos similares. Hacía algunos meses habían aparecido dos prostitutas muertas en Puerto Cabello con los mismos detalles que las de Caracas. Pérez revisó las fechas del hallazgo de los cuerpos en el calendario. Luego de mirar con atención, descubrió la imagen de la luna llena en cada fecha.

—Eso es en catorce días —dijo, moviendo con narcótico gesto la mandíbula.

Días después, él y López decidieron hacer una visita a Salsabar, último lugar donde, según sus colegas nocturnas, estuvo La Divina. El amplio salón en plena avenida Solano estaba atiborrado de gente que, ansio-

sa, aguardaban la aparición de la banda de Dionisio y su combo, famosa por interpretar salsa brava con mucho guaguancó.

Por fin, luego de media hora de espera, sobre el escenario aparecieron seis músicos ataviados con tropicales atuendos. Un par de aquellos personajes no podían ocultar las mañas que el desvelo y el mal vivir provocan en los seres de la noche. Comenzó la música y poco a poco algunas parejas se fueron animando a bailar. La pachanga transcurría con absoluta normalidad hasta que llegó el turno del flautista, el mismísimo Dionisio. En ese momento sucedió algo increíble, el hombre tocó un trío de notas con su instrumento y fue ahí cuando, cual si hubieran recibido una orden irrefutable, todos los presentes comenzaron a bailar. Los primeros fueron los músicos de la orquesta, quienes pasaron de un simple y rítmico vaivén a ejecutar una guapachosa coreografía. A ellos se sumaron los meseros, cantineros, personal de limpieza, vigilantes, porteros, el gerente del negocio, la gente que no había bailado, incluso ambos policías... Todos, absolutamente todos comenzaron una danza incontrolable al son de la flauta.

Luego de minutos de desenfreno, Chucho Pérez logró mover el brazo con mucho esfuerzo para apagar su aparato de audición y, como por arte de magia, sus pies dejaron de zapatear. En ese momento comprendió la magnitud del poder que aquel hombre lograba con su instrumento.

Fingió entonces seguir bajo el embrujo de la flauta hasta alcanzar una esquina apartada del local. Desde ahí continuó absorto, contemplando la demencia desatada a su alrededor. La gente bailaba como loca por toda la sala, hasta el mismísimo López, que siempre había dicho tener dos pies izquierdos, brincaba delirante al frente de un trencito formado por todos los presentes. Por fin el flautista dejó de tocar y casi de inmediato la gente se detuvo.

Por varios minutos se respiró en el ambiente una sensación de haber abandonado un estado de trance, y los bailarines se miraban entre sí con rostros de asombro. López caminó hacia él con pasos inseguros y al llegar a su lado lo único balbuceó fue:

—Jesús, tú lo viste todo, ¿verdad, hermano? ¿Qué coño me pasó, compadre?

Él no le contestó, sólo miraba con fijación al flautista mientras que en su cabeza sacaba la cuenta de los días que faltaban para la próxima luna llena.

Al reunirse a la mañana siguiente, el pobre López se quejaba del fuerte dolor que tenía en los pies, mientras tanto, ya Jesús Pérez había investigado al tal Dionisio y confirmado que la banda también había tocado hacía algunos meses en una tasca de Puerto Cabello.

A partir de ese instante, Chucho Pérez se volvió la sombra del músico. Instaló un GPS en el carro del sospechoso y desde su celular revisaba todos y cada uno de los viajes que Dionisio realizaba. Pasó diez intoxicados días y noches vigilándolo, pero en ninguna circunstancia el solista hizo algo que pudiera detonar una señal de alerta. Muy al contrario, su rutina era tan predecible y aburrida que Chucho Pérez llegó a pensar que se había equivocado; peor aún, en algún momento consideró que toda aquella historia de flautistas mágicos, bailes incontrolables y putas asesinadas era otro delirio más de su mente. La décima noche de vigilia, se sintió desolado y acarició con suavidad a Sinforosa. Sintió unas ganas inmensas de terminar con todo, pero en el último momento apareció el rostro de aquella joven asesinada en su cabeza, y entonces cerró los ojos, respiró profundo varias veces y tras varios minutos ahuyentó aquellos pensamientos oscuros de su mente.

—Tranquilo, que mañana es el día —susurró.

\*\*\*

La noche siguiente ambos policías visitaron de nuevo el Salsabar, y se acomodaron en un lugar discreto del salón. López llevaba unos taponos en los oídos para evitar cualquier posible bailoteo. De nuevo, al igual que en la visita anterior, se repitió la misma rutina, sólo que en esta oportunidad y tal vez por aquello de los presagios, el flautista se esmeró extendiendo su interpretación por más de treinta minutos. Al concluir, los bailarines cayeron exhaustos en los sillones del lugar pidiendo a gritos grandes cantidades de bebidas para aplacar la sed. No faltó alguno que estuvo a punto de desmayarse, pero la actuación oportuna de los meseros evitó que pasara a mayores. La orquesta aprovechó todo ese jaleo para anunciar veinte minutos de descanso antes del segundo set.

Ambos policías aguardaron con paciencia, pero al regresar la banda no apareció el flautista.

Chucho Pérez consultó al encargado y el tipo le dijo:

—Jefe, el Dioni tuvo que irse por un asunto personal, pero usted tranquilo, que el resto de la banda también es candela pura.

Dejaron al gerente con las palabras en la boca y corrieron al carro. En el camino, Pérez iba revisando la señal del GPS en su celular mientras ajustaba el audífono en su oreja. El trayecto los condujo a un recóndito edificio abandonado en lo más alto de San Bernardino.

Entraron cautelosos al lugar, Chucho Pérez escuchó por un brevísimo instante el sonido de la flauta, y al asomarse pudieron ver una luz que proyectaba la sombra de una mujer que bailaba. Ambos agentes fueron subiendo con sigilo. Estaban a punto de sorprender al flautista,

pero un tropiezo de López hizo caer unas tablas. El músico detuvo en seco su interpretación. Ambos policías, ya descubiertos, corrieron hacia el intérprete, quien empujó a la mujer contra ambos y huyó escaleras arriba.

Pérez le ordenó a López que pidiera refuerzos y se quedara protegiendo a la mujer que acababan de rescatar, y él salió tras el presunto asesino con la mayor rapidez que pudo. En el camino tropezó varias veces con montones de basura, lo que le permitió al flautista sacarle una considerable ventaja. Por fin llegó jadeando hasta la puerta que daba acceso a la azotea. Empujó con cuidado, y al pasar apuntó en todas direcciones con su arma y gritó:

—¿Dionisio, ya se te acabó la pachanga, compadre!  
¿Terminemos con esta mamadera de gallo de una vez!

La única respuesta que recibió fue un grave sonido. Jesús Chucho Pérez Angulo movió la cabeza con lentitud en ambos sentidos intentando ubicar de donde provenía la música, y eso fue un agudo error, porque la música continuó con melancólica cadencia, y así, sin poder evitarlo su cuerpo se paralizó por completo. Entonces, poco a poco, su mano derecha, la que tomaba la pistola, fue subiendo sin pausa con cada nota. Tras un tembloroso esfuerzo, logró a su vez mover la izquierda, repitiendo el trazo de la diestra, ambas manos elevándose con antagónicas intenciones, ambos brazos doblando el codo a la misma altura. Con lentitud, la derecha fue acercando el arma hasta sentir el frío roce del acero de Sinforosa en la sien, la izquierda por su parte alcanzó a palpar el auditivo propósito. Dionisio emergió suavemente detrás de una montaña de escombros y continuó interpretando la oscura tonada mientras observaba con maldad la lucha que libraba el policía. Cuando, de pronto, se escuchó un disparo.

Segundos después una mancha de sangre apareció en la camisa de Dionisio Aranguren Ceballos, alias El

Flautista, que, con mirada confundida, alcanzó a dar un par de pasos antes de desplomarse.

Luego de algunos instantes de renacimiento, Chucho Pérez se arrodilló y recogió del suelo el audífono que en el último segundo logró arrancarse de la oreja. Al colocárselo de nuevo, oyó el ruido de las patrullas que se acercaban y la rabiosa voz del flautista que, retorciéndose en el suelo, le dijo:

—Maldito detective, no eran más que unas sucias ratas...

Él sólo se limitó a apagar el audífono y se hizo el silencio.





PAOLA RESTREPO



Fedora 2003

## UNA ROSA PARA GERARDO



*It is perilous to make a chasm in human affections; not that they gape so long and wide-but so quickly close again!*

NATHANIEL HAWTHORNE

«Wakefield»

Cerraste la puerta y la volviste a abrir. Esa sonrisa, Gerardo, en el marco de la puerta, la conozco. La torcedura en la comisura de tu boca cuando estás planeando algo, cuando crees que eres más grande que el mundo y te las sabes todas. Te conozco, Gerardo, algo te traes entre manos. Dijiste que no te esperara por varios días, que no tenías claro cuánto tiempo iba a durar tu viaje al campo, pero que el viernes sí llegarías para cenar.

Pero no volviste el viernes. Ya intuía yo que no regresarías. Son diez años de casados y millones de viernes aburridísimos esperándote. No iba a ser el millón y uno más de hastío; así que me fui a cenar con mis amigas y le pedí a Rosa que preparara chupe de camarones por si se te ocurría regresar y así cayeras directo en el inodoro con tus intestinos. Porque te encanta el chupe de camarones aunque te destruya. Es que de verdad eres un caso, Gerardo.

Han pasado ya seis meses y no regresas. Me corté el pelo. Voy al teatro con mis amigas todos los viernes por la noche y adoran mi corta melena. Quiero lucirme sin ti. Siempre me fastidió toda esa mediocridad tuya. Tan sin asombro tu vida. Tan sin elocuencia. Qué aburrido eres, Gerardo. Qué lindos son los viernes ahora.

Un año ya que no regresas, y Rosa sigue haciendo chupe de camarones todos los viernes. No entiendo la razón, yo no le he pedido que lo haga. Y además nadie se lo come. Anoche decidió sentarse sola en la mesa y atragantarse. Se comió la olla entera. Roja se le puso la cara. Del tiro llamé una ambulancia. Ella no es alérgica como tú, pero la nostalgia hace eso y más. ¡Pobre! Creo que te extraña. ¿Quién iba a decirlo, que alguien te extrañe en esta casa? Van dos años, Gerardo, y el pelo lo tengo larguísimo. Nunca te gustó más abajo de los hombros, así que el año pasado decidí cambiar y dejarlo crecer. Cuando lo tuve a la altura de los hombros entré en ansiedad, no por lo desaliñado, sino porque volví a ver tus inquisitivos ojos y tu eterna solicitud: «Ya está como largo tu cabello, ¿será que te lo cortas?».

Sé que sigues vivo, Gerardo. Las mujeres tenemos esa capacidad de sentir en nuestros úteros la vida. Además, no ha habido noticias de algún muerto en los periódicos locales, ni en alguna reunión de amigos. Por más trivial y aburrida que sea tu vida, siempre la noticia de un accidente trae conversación. Estás vivo, lo sé.

Cinco años van. Rosa está muy triste. Le han salido canas, ya no se halla. Sigue limpiando la casa y podando las camelias, como siempre. Pero lava los baños dos veces al día y sacude la alfombra debajo de tu escritorio tres veces por semana. Ya no compra camarones pero trae del mercado cochino y conejo, cosas que nunca hemos comido en esta casa. Los despelleja, los marina, los asa y los congela. Luego se sienta en la mesita de la cocina y con un té de camomila se queda pensativa hasta las seis y cuarenta y seis de la tarde. La hora en que tú, Gerardo, llegabas a la casa.

La subí a nuestra recámara. La vestí con mi ropa. Le corté el pelo a la altura de los hombros y le teñí las canas. Ahora toma café sin azúcar al desayunar, como yo,

pero no he podido quitarle la manía de servir frente a ella otra taza de café con leche y dos terrones de azúcar. Lo hace para ti, Gerardo. Pero aparte de eso, ya los mediodías no espera el sonido de tu silla cuando la apartabas de la mesa luego de almorzar. Ya sabe comer sin sombras.

Desde entonces dormimos juntas y sin luz. La he amado cada noche. Nos abrazamos sin temores. Le he enseñado cómo gemir, dónde besar y cuándo guardarse la alegría. Me costó meses, pero ya sabe quedarse tranquila, así como hacía yo cuando tú iniciabas el amor en la cama, y también entiende que no debe crecerse en pasión, así como cuando tú decidías que esa era la noche. Ya se queda sumisa en la almohada y se aplaca en tus caricias sin buscar más, callada, esperando sin anhelos, sin pasión. Es hermosa. ¡Toda una pupila! Camina como yo, ríe como yo. El pelo a medio hombro como te gusta. Sus caderas están redondas y esperando circos sin monos, ni payasos y mucho menos alegría. La tengo lista, Gerardo, por si regresas.

## VELORIO



La entrada al terreno polvoriento me crispa la piel. Sabe Dios cuánto no he querido venir. Años postergando verlos. Pero ya no tengo excusas, papá ha muerto.

—Hermana, ¡viniste!

—Bueno, sí, me llamaste.

—Es sólo que pensé que... pero qué bueno que estés aquí. ¿Desayunaste?

—No, tranquila. Vamos a lo que urge. ¿Dónde está papá? ¿Llamaste ya al servicio de la funeraria?

—Papá está con los elefantes. ¿De qué servicio hablas? Nosotros siempre hemos enterrado a nuestros muertos acá.

Obvio, papá y los elefantes. Respira, Glenda, respira.

—Por ahora ayúdame a colocar estos papeles en las taquillas. Hoy no habrá función.

Para el público, querrás decir. Estar aquí me duele. Es irritante saber que para ellos yo soy la rara.

—Listo, colocados. ¿Ahora qué?

—Vamos adentro, ya casi todo está listo, sólo esperábamos por ti.

—¿Y Rodolfo?

—También está allí.

—¿Cómo?

—Toda una travesía para moverlo, pero por algo somos acróbatas, ¿o no?

—Sí, pero igual es mucha logística.

—Todo siempre lo hemos logrado. Somos los me-

jores. Papá nos enseñó bien. Vamos a mi oficina. ¿Trajiste equipaje?

—Un bolso, está en el carro. ¿Cómo está Rodolfo?

—Igual. Nada ha cambiado. Ah, nunca te dije, tienes una sobrina igual que tú... rara pues, no como nosotros.

—¿Qué? ¿Rodolfo tiene una hija?

—Sí, después de caerse del columpio y quedar cuatripléjico, le pusimos una enfermera para cuidarlo mientras estuvimos de gira. Cuando volvimos ella no estaba y un par de días más tarde había una bebé en la taquilla con una nota que decía: «Llámenla como quieran, es hija de Rodolfo... En fin, es rara como tú».

Claro, como yo... Yo que no tengo barba.

—¿Qué edad tiene?

—Siete. Bueno, vamos ya.

—Dame un minuto, necesito ir al baño.

—Okey. Nos vemos adentro. Recuerda que es en la carpa principal. Pero rápido que los elefantes se ponen nerviosos cuando hay tanta gente cerca.

Ya en el baño, me miro en el espejo y lo único que quiero es salir de allí, correr. Me pregunto si la llamarán rara todos los días, como a mí, y si ella los escucha, como yo cuando niña, sintiéndose culpable. Respira, Glenda. Pobre niña, debes buscarla. Esto no es vida para ella, como tampoco lo fue para ti. Debes llevártela de aquí.

Camino hacia la carpa principal. Tengo rabia. Sacudo mis brazos. Necesito encontrarla. Decido ir a la carpa de la derecha primero. Entro y el rugido de los leones me asusta. Salgo corriendo y voy a la segunda carpa a mano izquierda, y me encuentro con un caterva de monos follando, gritando, saltando. La que viene es la principal. No me queda otra opción, seguro está con ellos.

La carpa está arreglada para una función. La zona del público a oscuras. El centro totalmente iluminado. Mi

padre en una tarima de madera dentro de una jaula de hierro, los elefantes a su alrededor. Camino hacia la primera línea de butacas. Miro hacia todos lados pero no hay nadie más, sólo yo. El telón del fondo se abre y sale mi primo, el payaso, corriendo, lanzando flores. Su sonrisa me golpea en el estómago. Se prenden las luces de colores del techo y caen los columpios con mis tres hermanos mayores, los acróbatas, haciendo destrezas.

Sale mi hermana con su larga barba junto con un hombre que no conozco. Caminan el perímetro y se sitúan en el centro cerca de papá. Los columpios paran y mis hermanos rodean desde lo alto a los elefantes. Mi primo se sitúa cerca de Rodolfo en su cama de hospital. El hombre le suelta la mano a mi hermana y comienza a aspirar bocanadas de aire. Su pecho se infla y se infla y parece un globo a punto de explotar. En ese momento mi hermana estira sus brazos y el hombre comienza a expirar fuego hacia la jaula. ¡Van a incinerar a mi padre, y todos ríen como si nada mientras el hombre continúa inflando su pecho y expirando fuego! Estoy en shock, me quiero ir, la cabeza me va a explotar.

Entonces alguien me toma la mano, volteo y es una niña.

—Tú también eres rara como yo.

Tiene mi mirada, la misma que yo tenía a su edad.

La mirada de la rara, de la que se quiere ir para siempre de aquel lugar.

—Sí, las dos, tía y sobrina —le digo—. ¿Vienes conmigo?

La niña sonrío y aprieta mi mano con fuerza.

¿Y QUIÉNES SON LOS CULPABLES?





### ALEJANDRA GONZÁLEZ

Caracas, Venezuela, 1971. Dedicada al comercio desde muy joven. Incansable lectora y apasionada por la literatura clásica. Desde finales de 2022, es participante en los talleres literarios de Fedosy Santaella.



### ANA MARÍA MENA

Anaco, Venezuela, 1970. Su carrera profesional se inició en el campo de la escritura creativa publicitaria, para de allí transitar hacia la educación. Su pasión por la creación a través de la palabra ha sido una constante en su vida, y a lo largo de los años ha participado en talleres literarios dictados por escritores como Fedosy Santaella, Juan Antonio Calzadilla, Marco Antonio de la Parra, Xavier Reyes Matheus y Sergio Pitol.



### CARLOS ALEJANDRO DE JONGH GARCÍA

Maracaibo, Venezuela, 1949. Médico (Universidad Central de Venezuela, 1972). Desde octubre de 2022, participa en talleres de narrativa y poesía con Fedosy Santaella.



### MARÍA ALECIA IZTURRIAGA

Valencia, Venezuela, 1964. Comunicadora social, productora de radio, cine y televisión, locutora. En 2006, participó en el Taller de escritores de telenovelas de Telemundo junto al Miami-Dade College. Desde 2020, ha participado en los talleres de escritura de Fedosy Santaella y desde 2022 forma parte del taller de escritura creativa de Hernán Vera Álvarez en Miami. Ha publicado el libro de conversaciones con artistas de Telemundo *Celebraciones: en casa con las estrellas* (Atria Books, 2007), tres cuentos en la antología *No estamos tan locos como la gente dice* (Oscar Todtmann Editores, 2022) y un cuento en *23 Relaciones Imperfectas* (Ediciones Agua-miel, 2023)



### MARÍA GABRIELA BRAZÓN

Caracas, Venezuela, 1976. Abogada. Varios de sus relatos han sido publicados en el libro *No estamos tan locos como la gente dice* (Oscar Todtmann editores, 2022) y en las revistas digitales *El Narratorio* y *Letralia: tierra de letras*. Asistió al *workshop* de escritura creativa de la Universidad de Santa Clara en California. Cursó el diplomado de Escrituras Narrativas de la Universidad Católica Andrés Bello. Ha realizado diversos talleres de narrativa y poesía con Fedosy Santaella.



## MARÍA TERESA VERA

San Tomé, Venezuela. Pianista y compositora venezolana con más de treinta años de experiencia como docente. Desde 2021, participa en talleres de escritura narrativa con Fedosy Santaella. En 2023, adaptó un cuento infantil al francés para su Suite de piano «El Fantasma de Côte-des-Neiges», obra que presentó en la Escuela de Música «La Musique Aux Enfants», donde ejerce como profesora desde 2022.



## MAX JECKLIN

Caracas, Venezuela, 1967. Comienza a escribir desde la pandemia. Ha participado en talleres de escritura coordinados por Fedosy Santaella, Beatriz García y Lola Ancires. Algunos de sus cuentos han sido publicados en Revista literaria Katabasis, en la antología de cuentos *No estamos tan locos como la gente dice* (Oscar Totdmann editores. 2022) y en la *Antología VOL III de la Feria Internacional del libro de Nueva York*. En 2023 publicó un libro de cuentos titulado *Las malas juntas* (Editorial Palabra Herida). Desde el 2011, vive en Querétaro, México.



## PAOLA RESTREPO

Colombia, 1969. Diseñadora gráfica, fotógrafa. De 2005 a 2006, tomó el taller de escritura creativa, mención poesía, del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Venezuela. De 2008 a 2009, el taller de Narrativa Monte Ávila Editores; de 2010 a 2011 el taller de poesía de Armando Rojas Guardia, y de 2021 a 2022, el taller de novela de Rodrigo Calderón Blanco. Entre 2022 y 2024 ha asistido a los talleres de Fedosy Santaella. Poemas suyos fueron publicados en *Voces Nuevas 2005-2006, antología poética* (2007) del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. En 2012, obtuvo Mención de honor en poesía en el Concurso Internacional de Escritura Creativa (ASOCIEC).



FEDOSY SANTAELLA  
COORDINADOR EDITORIAL

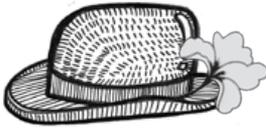
Puerto Cabello, 1970. Narrador y poeta. Ha publicado tanto cuento como novela con editoriales como Alfaguara, Ediciones B y Loqueleo en Venezuela, con Norma en México y en España con Pre-Textos y Editorial Milenio. En 2009 fue becario del programa internacional de escritura de la Universidad de Iowa. En 2010 quedó entre los diez finalistas del Premio Cosecha Eñe de España. En 2013 ganó el concurso de cuentos de El Nacional (Venezuela). Ese mismo año estuvo entre los nueve finalistas del premio de novela Herralde. En 2016 se hizo acreedor del premio internacional Novela Corta Ciudad de Barbastro. Se desempeña como asesor literario, dicta talleres de narrativa y poesía. Ha realizado colecciones de cuento para Santillana, y con los narradores de sus talleres ha realizado ya dos colecciones de cuentos. *8 culpables*, es la más reciente.



## ÍNDICE

NO SE CULPE A NADIE (O SÍ).....	9
HASHTAG SINPELOTAS.....	13
AROMAS .....	22
EL PERMISO DEL NEÓN ROTO .....	31
LA PRESA.....	35
UN COLOSO EN CARACAS.....	41
UN POEMA DE LA LUNA Y EL SOL .....	47
TODO A SU TIEMPO.....	65
QUIÉN LO DIRÍA, DON JACINTO .....	69
EL DIABLO LUIS .....	75
EL SUSURRO DEL MONTE.....	80
VOLANDO EN UNA BICICLETA .....	87
FRIKI .....	93
EL TRABAJO TE LIBERA .....	103
EL FLAUTISTA .....	106
UNA ROSA PARA GERARDO.....	119
VELORIO.....	122





OCHO CULPABLES SE BALANCEAN  
SOBRE LAS VARIADAS TRAMAS  
DE SU INGENIO.

2024

